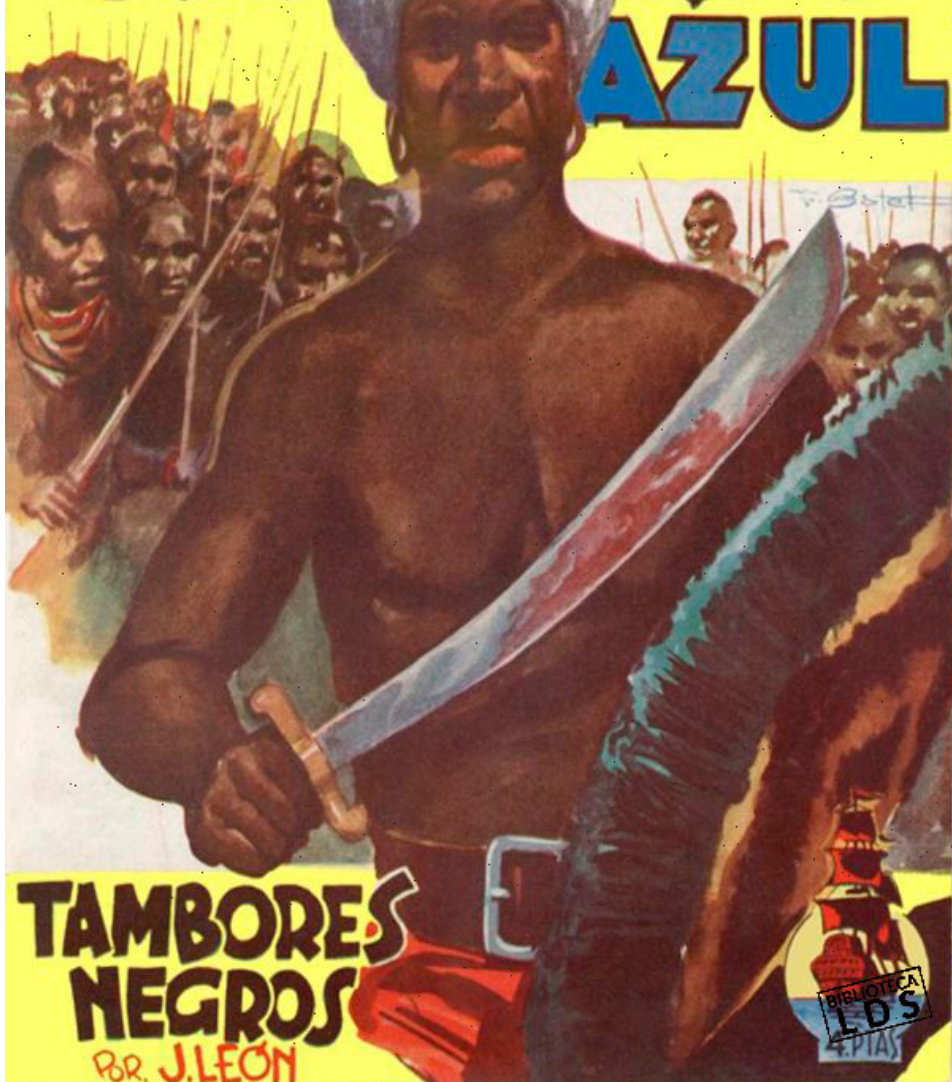


El
COPALARIO
AZUL



**TAMBORES
NEGROS**

PR. J. LEÓN

BIBLIOTECA
LDS
4. P. 135

Sólo se le pueden resistir los bravos «bucaneros» (cazadores de pieles) pero su jefe, Garcilaso, que se opone a los amores de su hijo adoptivo con la bella mestiza Esperanza, ofende a los indios, que alían con los negros.



J. León

Tambores negros

El Corsario Azul - 6

ePub r1.0

Lds 24.03.17

Título original: *Tambores negros*

J. León, 1949

Dibujante portada e interiores: F. Batet

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2

[image]

El **CORSARIO** **AZUL**

RJ J. LEÓN



Tambores Negros

Ediciones  *Clipper*

TAMBORES NEGROS



CAPÍTULO PRIMERO

LA MESTIZA

A la aldea, un conjunto de bohíos, chozas de adobe y casas enjalbegadas que rodeaban al blanco edificio de la iglesia, se encontraba en plena ebullición. A las afueras del poblado se alzaban algunas haciendas de reducidas dimensiones rodeadas de huertos de tabaco, maíz y caña, de donde los habitantes de la aldea extraían los lujos que hacían más agradable su vida salvaje y ruda, tales como el tabaco, el azúcar y el ron de caña. Asimismo, se veían algunos cafetales en los que trabajaban mujeres y, esclavos negros.

Casi todas las viviendas, por míseras que fueran, poseían un pequeño huerto, del que extraían sus moradores algunas verduras y el maíz con el que se alimentaban.

La aldea poseía tan sólo dos comercios. Uno de ellos era el barbero, que a la vez era sangrador, curandero y comadrón, y un herrero, que era a la vez albéitar, herrador, armero y tratante en caballos. Entre los dos establecimientos solían repartirse las tertulias del pueblo, ya que carecían de taberna.

La aldea, que bullía alegremente bajo el sol blanco de los trópicos, poseía un aire distinto a otras poblaciones de La Española. Aunque su aspecto exterior fuera el mismo, algo, quizá la colocación de las casas o quizá en la expresión de los habitantes, daba la impresión de ser un campamento o un fortín. Quizá fuese la escena que en aquellos momentos se desarrollaba.

De la selva, que esplendorosamente se alzaba alrededor de la aldea, había llegado una comitiva de hombres curtidos, elásticos y

musculosos, de aspecto bárbaro pero no brutal, y salvaje, aunque no cruel. Vestían casi todos por un igual. Amplios sombreros de palma tejidos por sus mujeres, o gastados sombreros de cuero hechos por los criados negros, camisas de hilo de cuello abierto, quemadas por el sol, un amplio cinturón de cuero pantalones de hilo arrollados hasta media pantorrilla y sandalias de piel, construidas por ellos mismos. Al cinto lucían un enorme cuchillo de monte, que lo mismo les servía de arma, como de cubierto para comer o de destal para cortar leña. En bandolera ostentaban un arcabuz y colgado por unas correas de cuero un cuerno de toro, que servía de frasco de pólvora y una bolsa de balas.

Aquellos hombres pertenecían a la raza blanca en su mayoría, aunque también se encontraban entre ellos muchos mestizos. A causa de color de su piel, curtida y bronceada por el sol del trópico, parecían indios, y tan sólo debido a sus negros bigotes y a sus espesas barbas se adivinaba que no eran indígenas de la selva. Por otra parte, iban tan descuidados como los indios y su aspecto era tan selvático como el del más feroz salvaje. De los amplios sombreros caían sus negras cabelleras, y de toda su persona emanaba un vaho da fuerza y de irreductible valor.

A recibirles tan sólo salieron mujeres, niños y ancianos que casi no podían sostenerse, pues todos los hombres útiles de la aldea formaban parte de la expedición. Se hubiera dicho que aquella partida era una columna de hierro, pero en realidad era un grupo de cazadores de pieles, pues la aldea, Arroyo de Santa Clara, era un poblado de bucaneros[1].

A retaguardia de la expedición se veía una recua de mulas, cargadas con los resultados de la cacería. Varios esclavos negros se apresuraron a hacerse cargo de las acémilas.

Las primeras vacas, toros, cabras, tocinos y carneros que los españoles desembarcaron en las Antillas huyeron a la manigua, regresando a su estado salvaje y multiplicándose. Se convirtió en un buen negocio cazarlos para vender las pieles y de este modo surgió una población, semi selvática, de hombres blancos y de mestizos que vivían aislados en la selva riéndose por sus propias leyes.

A la cabeza de la expedición se veía a un hombre enjuto, de mediana edad y cabellos prematuramente grises. Alrededor de sus ojos, de dura miradla, se veían unas arrugas de dolor y su boca

firme tenía un rictus de despectiva amargura. Era Gabriel Garcilaso, alcalde de la aldea, jefe de los cazadores y el hombre más rico de Arroyo de Santa Clara.

Con altivo orgullo contempló cómo las mujeres, vestidas con trajes de lino o con blusas blancas y faldas multicolores, saludaban a sus familiares con grandes muestras de alegría. Vio cómo algunos cazadores alzaban en el aire a sus hijos menores y cómo los de más edad tomaban orgullosamente el fusil de su padre.

Nadie salió a recibir a Garcilaso. Esta soledad que le asaltaba al volver a la población era una de las causas de que Gabriel se encontrara casi siempre en la manigua dirigiendo partidas de caza.

Era un hábil cazador, como a su vez lo fué su padre, y muy pronto adquirió renombre por toda la selva. Habitaba una plantación bastante grande en compañía de varios criados blancos y un buen número de esclavos negros. No era necesario que obligase a los hombres a seguirle. Sabían todos que sus expediciones cinegéticas eran las más productivas de toda la isla y siempre estaban dispuestos a acompañarle, sabiendo que entre los defecto de Garcilaso no figuraba la avaricia y que el beneficio de la partida sería repartido entre todos.

Gabriel Garcilaso era, asimismo, la ley de Arroyo de Santa Clara. Los cazadores solían ser gente pendenciera y ruda y al regreso de las expediciones bebían hasta emborracharse, siendo entonces frecuentes las reyertas. Pero nada más salían a relucir los cuchillos, bastaba que alguien advirtiese a los demás la llegada del alcalde para que aquellos hombres feroces y temerarios se echaran a temblar. Gabriel no toleraba peleas y más de un experto cazador fué expulsado de la aldea y otros, que llegaron a herir a su rival antes de que Garcilaso interviniera, recibieron castigos tan duros que les quitaron las ganas de luchar. Y cuando uno de los duelistas moría, se juzgaba al vencedor. Entonces podían ocurrir dos cosas. Que decidiesen los jueces que tuvo bastantes razones para matarle y que la lucha fué legal; en este caso le daban una palmada en la espalda y quedaba en libertad. Por el contrario, el superviviente era irremisiblemente ahorcado.

Esto era la ley sencilla y rígida de Gabriel Garcilaso a la que voluntariamente todos se sometían.

Bajo su férrea mano, Arroyo de Santa Clara prosperó, atrayendo

a muchos cazadores, hasta convertirse en la más rica de su género.

El Gobernador de la isla concedió a Gabriel los títulos de alcalde y de alguacil mayor de la población, que debía disfrutar de por vida, pues Garcilaso era un leal súbdito de Su Católica Majestad.

Por otra parte, Garcilaso era un hombre taciturno y enérgico. Hablaba muy poco y jamás había dado muestras de cansancio, como si sus músculos fueran de hierro. Era un buen cristiano que cumplía fielmente sus deberes con la iglesia y procuraba ayudar a los necesitados. Tan sólo tenía una obsesión, que le convertía en un ser irritable. Odiaba a dos clases de personas: a las mujeres y a los indios.

Su fobia era tan, grande que entre la servidumbre de su casa no figuraba ninguna representación del sexo femenino y tan sólo a regañadientes admitía la presencia de indios en el poblado. Esto último era tan sorprendente, tratándose de un español, como lo primero, especialmente en una época en la que el Código de Indias ordenaba un trato humano a los indios que en el mismo instante en que se bautizaban se convertían en súbditos del Rey con los mismos derechos que sus hermanos blancos.

Garcilaso contempló por un instante el recibimiento que los familiares dispensaban; a los hombres y volviéndose a un joven esbelto y bronceado, de semblante agradable, le dijo:

—Vámonos, Miguel.

El aludido siguió al jefe, dirigiéndose hacia la hacienda de Gabriel. Se llamaba el muchacho Miguel Fomentes y era huérfano de un leal sirviente del alcalde, que murió en la selva luchando contra unos bandidos. Garcilaso recogió al niño, criándole a su lado como si fuera un hijo.

Durante todo el día, los esclavos trabajaron sin descanso descuartizando las piezas cobradas y fundiendo la grasa para hacer sebo. La carne era curada y las pieles se curtían hasta convertirse en cuero. Después, en caravanas convenientemente escoltadas, los cazadores se dirigían a las ciudades importantes para vender las pieles a los comerciantes y la carne curada a los capitanes de los buques. Muy de tarde en tarde, algún traficante recorría los pueblos para adquirir allí estos artículos, pero esta forma de negocio resultaba muy arriesgada a causa de los indeseables y proscritos que vivían en la manigua. Aparte de estas expediciones, las aldeas de

cazadores no recibían más visita que algunos buhoneros que marchaban por los bosques, de poblado en poblado, con su mula cargada de artículos que vendían a las mujeres.

Hasta el atardecer del día siguiente, el poblado no cambió de aspecto. Los cazadores habían descansado de su larga permanencia en el bosque y se sentían sociables y alegres. Se reunían en las calles, invitándose mutuamente con las calabazas repletas de aguardiente o de ron. Reían y charlaban, comentando las incidencias de la cacería.

Las muchachas que pasaban en dirección a la fuente, con un cántaro sobre el hombro y balanceando las caderas, eran asediadas por los jóvenes, que les dirigían alegres y apasionados requiebros.

Miguel Fontences se reunió con sus amigos. Ante la barbería y ante la herrería se reunían las tertulias habituales, pero en las calles, a la sombra de los árboles, los hombres se agrupaban para jugar a los dados unos y para escuchar a algún cantor que se acompañaba de la vihuela otros. El joven fué recibido con alegría por los demás cazadores. Muchos le saludaron, recordándole episodios de la pasada expedición. De pronto, una voz cálida y sensual se extendió por la calle, apagando las conversaciones de los cazadores. La voz femenina y joven parecía mezclar al ambiente excitante del anochecer un raro atractivo. Entonaba uno de los cantos primitivos de los indios caribes, llamados «alritos» y que solían improvisarse sobre un sencillo tema musical. Las palabras eran caribes y aunque ya en la isla nadie más que algunos indios hablaba este dialecto, la entonación era tan expresiva que todos comprendieron que era el saludo de una doncella a su amado.

Se volvieron para ver a una muchacha que avanzaba por la calle con una gran cesta de fibras tejidas sobre la cabeza, repleta de frutos. Con un brazo graciosamente curvado, sostenía la cesta, mientras andaba ondulando el cuerpo como un reptil.

Era muy joven, escasamente habría cumplido los dieciséis años, pero, con el prematuro desarrollo de los trópicos, se mostraba en todo su esplendor.

Su negra cabellera caía, partida en dos crenchas, hasta las caderas de la muchacha, ligeramente rizada y lustrosa por los olorosos jugos vegetales con que solían perfumarse las indias y se adornaba con una corona de flores rojas y blancas que la cesta

había chafado un poco. Bajo las finas cejas, y sombreados por largas pestañas, aparecían unos ojos negros, vivaces y dulces que sonreían. Su fina nariz daba cierta elegancia a su semblante y los labios rojos y gruesos, al abrirse, descubrían una doble hilera de blancos dientes. El círculo rojo que formaba su boca al cantar parecía invitar al beso a los hombres salvajes y rudos que la contemplaban.

La muchacha era esbelta y fuerte, como todo el que ha vivido siempre en continuo contacto con la naturaleza. Andaba con elasticidad, igual que una pantera. Mantenía echados hacia atrás sus redondos hombros, sobre los que se alzaba su cuello firme y bien torneado. Vestía una túnica de algodón que le llegaba hasta, las rodillas y dejaba al descubierto sus brazos de piel dorada, tirante y fina. En los tobillos y en las muñecas lucía brazaletes de flores de tonos vivos. Semejaba una diosa, hermosa y adorable.

Sus ojos parecían buscar entre los semblantes de los cazadores, como si quisieran hallar uno solo. Al fin se detuvo su mirada y las negras pupilas se iluminaron, igual que al saludar silenciosamente a un antiguo conocido.

Miguel sonrió y, poniéndose en pie, se acercó a la muchacha.

—¡Esperanza!

Los compañeros de Fomtences cambiaron miradas y sonrisas de inteligencia, simulando regresar a sus juegos. La llamada Esperanza sonrió, cosa muy rara entre las indias, y una de las razones por las que se adivinaba que era mestiza, y aguardó al joven. Después bajó la cesta, ofreciéndosela al cazador.

—¿Quieres frutas, «turey»? [2] —dijo con voz musical.

Miguel tardó en responder.

—No sabía que estabas aquí, Esperanza —exclamó—. Me dijeron que los tuyos se habían marchado.

La mestiza negó con la cabeza.

—Nunca podrán separarme de mi «turey». Aunque lo ordene de guamiquina [3].

Miguel pareció extrañado.

—¿El guamiquina? —repitió—. ¿Quién te ha ordenado que no me veas? ¿Quién se atreve a separarnos?

—Mi padre —respondió la joven.

—¿Tu padre? —exclamó Fomtences—. ¡Yo le enseñaré a ese viejo estúpido!

—¡Miguel!

Se volvieron los dos jóvenes para ver a Garcilaso que, con un látigo en la mano y una luz de cólera en los ojos, avanzaba hacia ellos.

—Vete a casa —le dijo a Fontences. Luego se volvió hacia Esperanza—. Le dije a tu padre que no quería veros más por la aldea. Ahora os vais a marchar, aunque tenga que azotaros.

La mestiza dio un paso atrás. Su semblante había palidecido, pero de sus pupilas no desaparecía la luz de reto.

—Yo me quedo aquí —afirmó—. Con mi «turey».

Gabriel lanzó una maldición. No estaba acostumbrado a que le replicasen.

—¡Vete enseguida, desvergonzada! Esperanza volvió a negar.

—Mi «turey» me quiere.

Furioso, el cazador alzó el látigo para descargar un golpe sobre la muchacha. Una figura elástica se interpuso, recibiendo el trallazo de las correas trenzadas. Sobre su semblante oscuro e impasible como una máscara de cuero, apareció un surco rojizo, pero el indio no se movió. Permaneció inmóvil, como si nada hubiera ocurrido.

—Loaysa —exclamó Garcilaso—, marchaos del poblado.

El anciano caribe dio la vuelta y se alejó. La muchacha quedó inmóvil, contemplando a Miguel, pero el indio la llamó con voz gutural.

—¡Esperanza!

La mestiza obedeció en silencio, acompañándole hacia la salida del pueblo.

Gabriel les vio alejarse y luego, a su vez, se encaminó hacia su plantación.

Fontences quedó silencioso y cabizbajo, junto a sus compañeros.

Dos cazadores de pelo blanco, piel arrugada y revueltas barbas, contemplaron la robusta figura de Garcilaso, que se perdía entre las chozas, y comentaron:

—Al cabo de tantos años aun le quema el odio y la amargura.

—Parece mentira lo que puede influir una mujer en un hombre.

Miguel mantenía los dientes apretados. Comprendía entonces que fué Gabriel quien ordenó a Loaysa que abandonaran Arroyo de Santa Clara. Ignoraba la razón, pero una profunda aversión obligaba al alcalde a expulsar a Esperanza del poblado. La mano del

joven se cerró sobre la empuñadura de su cuchillo. No podía aceptar con resignación la idea de que alguien se interpusiera entre él y la mestiza. Y, sin embargo, el hombre que se convertía en su enemigo le había criado, cuidándole como a un hijo. No podía luchar contra él.

Desesperado, Fontences comenzó a beber...

Era ya bien entrada la noche cuando el joven regresó a su casa. Sentía la cabeza turbia y se tambaleaba al andar. En su mente danzaban una danza desenfadada un sin fin de ideas contradictorias. Se mezclaban en un caos de odio al hombre que le separó de Esperanza, su amor por la mestiza y su orgullo viril. Deseaba matar a Garcilaso, pero recordaba que éste le crió al quedar huérfano.

Entró tambaleándose en el edificio. Sus sandalias golpearon las baldosas del piso. De pronto se oyó una voz que le llamaba:

—¡Miguel!

Se volvió para ver a Gabriel, que aparecía en el umbral de su dormitorio, sosteniendo un velón. Algo se revolvió en el interior del joven. La expresión del semblante de Garcilaso era la misma que en el momento de querer golpear a Esperanza. La misma fría cólera brillaba en sus ojos y su pecho se alzaba con una fatigosa respiración.

Temblaron los músculos de Miguel. Allí se encontraba el culpable de su amargura.

—¿De dónde vienes? —preguntó Garcilaso.

—Estuve en el pueblo, con los compañeros —respondió Fontences de mal modo.

—Has bebido demasiado.

Miguel se irguió molesto.

—Páreceme que seguís juzgándome como a un niño.

—Si fueras un hombre tendrías más juicio.

Fontences se estremeció.

—¿De qué me encontráis falto?

La respuesta del alcalde partió de sus labios como si fuera un venablo.

—De cordura. Pierdes el seso por la primera mujerzuela que te sonríe.

Miguel dio un paso adelante. Su rostro estaba pálido y temblaba

de coraje.

—Por mi ánima que no tolero que nadie injurie a Esperanza.

Garcilaso se irguió como si le hubieran abofeteado.

—¡Por una mestiza me faltas al respeto! —exclamó—. ¡Por una perdida que recorre las aldeas cantando y exhibiéndose...!

—¡Basta ya! —le interrumpió el joven—. ¡Para vos, como para todos, esa mujer es sagrada!

Gabriel alzó la mano y, con el dorso, golpeó la boca de Miguel. El cazador dio un paso atrás. Con un rápido movimiento desenfundó el cuchillo, cuya hoja relució a la luz del candelabro. El alcalde arrojó la luz al suelo y a su vez empuñó el arma.

En la obscuridad, débilmente diluida por la luna que entraba g través de unas ventanas, se agredieron los dos hombres. Prácticos los dos en la lucha, esquivaron ambos las aceradas hojas que de vez en cuando relucían a los pálidos rayos del astro de la noche. Se oía su jadeante respiración y sus imprecaciones cuando el contrario paraba algún golpe.

El rumor de la reyerta atrajo a los servidores de la casa, que acudieron, con luces y armas, creyendo que se trataba de ladrones. El capataz de la hacienda, un anciano cenceño y arrugado, lanzó un grito:

—¡Mi amo! ¡Miguel! ¡Cálmense vuestas mercedes!

Pero los luchadores no le oían. Aprovechando la luz, Fontences derribó a Garcilaso. Como una pantera saltó sobre él y, apoyando la rodilla sobre el pecho de su contrario, alzó el cuchillo para rematar a Gabriel. Rápido, el capataz detuvo la mano armada.

—¡Miguel! —chilló—. ¡Asesino!

El joven quedó un instante inmóvil con la mano alzada. En su mente estalló como una bomba la palabra «asesino». A merced de su cuchillo tenía al hombre que le hizo de padre, el hombre que le crió, haciéndole un cazador experimentado, el hombre a quien debía todo lo que era. Iba a matarle. Horrorizado, se apartó, mientras de su mano caía el cuchillo.

Los criados ayudaron a levantar a Garcilaso. Miguel le contemplaba horrorizado. Todas las injurias que Gabriel infiriera a Esperanza habían desaparecido, para dejar paso al recuerdo de sus bondades para el huérfano. Gabriel no revelaba la más leve emoción. Su semblante curtido semejaba una máscara estólida.

La aldea Puebla de los Galeotes se disponía a acostarse. En los bohíos y en las chozas se veían luces que indicaban que los habitantes del poblado se hallaban aún despiertos. Por las calles algunos jóvenes regresaban de la taberna y otros se entretenían charlando.

La aldea presentaba un innegable aspecto de prosperidad. La manigua se veía talada hasta bastantes millas y muchos cafetales y plantaciones de caña agitaban sus hojas.

En un impulso irrefrenable, Fontences se arrodilló, llevándose a los labios la mano del hombre que quiso asesinar.

—¡Padre! —sollozó—. Perdonadme.

Garcilaso, olvidando la refriega, ayudó al joven a levantarse.

—Nada se puede interponer entre nosotros —le dijo.

—Nada —afirmó Miguel con calor—. Ni siquiera Esperanza.

Sonrió Gabriel mientras decía:

—Bendito ese duelo, que ha hecho desaparecer lo único que podía desunirnos.

CAPÍTULO II

SOMBRAS EN LA NOCHE

La aldea Puebla de los Galeotes se disponía a acostarse. En los bohíos y en las chozas se veían luces que indicaban que los habitantes del poblado se hallaban aún despiertos. Por las calles algunos jóvenes regresaban de la taberna y otros se entretenían charlando.

La aldea presentaba un innegable aspecto de prosperidad. La manigua se veía talada hasta bastantes millas y muchos cafetales y plantaciones de caña agitaban sus hojas verdes a la suave brisa nocturna.

El pueblo se consideraba una de las aldeas de labradores más ricas de toda la comarca.

Un sereno, armado de un farol y de un chuzo, recorría las calles alabando a la Virgen, a Su Majestad y anunciando la hora.

El pueblo se disponía a retirarse a descansar después de una jornada de duro trabajo al sol ardiente del Caribe.

Por entre las plantaciones, unas sombras oscuras y atléticas se deslizaban hacia la población. Sus cuerpos se confundían con la tierra y aparecían semidesnudos. Lentamente se fueron acercando a la aldea. Al cruzar a través de los cafetales y de los sembrados de cañas no hacían el menor ruido, como gente acostumbrada a vivir en la manigua siempre al acecho.

De improviso, un hombre alto y hercúleo se alzó entre la espesura. Las viviendas se encontraban a muy pocos pasos y con una corta carrera se encontrarían en el centro de la población.

El hombre blandió su alfanje y lanzó un grito salvaje que fué repetido por muchas bocas.

Entonces descargaran su golpe sobre la población. Centenares de negros surgieron de las plantaciones, entrando al asalto en el pueblo. Esgrimían sus armas, lanzándose sobre los labradores, que inútilmente intentaban una vana defensa. Mientras los hombres eran acuchillados sin piedad, las mujeres se debatían, chillando de terror, entre los brazos de los salvajes que las arrastraban de sus viviendas.

Las casas eran pequeñas, quedando en ellas los cuerpos ensangrentados de sus moradores. Los armarios y las alacenas se veían desvencijadas, al tiempo que los asaltantes corrían por las calles exhibiendo sus tesoros. El saqueo de la aldea continuó durante un buen rato. Los gemidos de dolor de las víctimas fueron apagándose lentamente, los gritos de terror de las mujeres raptadas fueron acallados con mordazas y a golpes, pero los alaridos de triunfo de los salvajes continuaron, creciendo cada vez en intensidad.

El que dirigía a los salvajes permanecía inmóvil en la plaza, apoyado en su alfanje, contemplando la escena con una sonrisa de crueldad. Era un gigante hercúleo vestido únicamente con un taparrabos blanco, que resaltaba sobre su reluciente piel de ébano. Se cubría su cabeza con un turbante asimismo blanco y sus dientes de marfil resplandecían al sonreír. Sus facciones declaraban una ferocidad primitiva y sus ojos amarillos miraban con astucia y placer. En el amplio y musculoso pecho ostentaba un collar, que según los hechiceros negros poseía un gran poder mágico.

Era Santos Kakaracou.

A su alrededor se fueron congregando sus guerreros, que alzaban sus armas como saludo a su jefe. Algunos sostenían entre los brazos a las desmayadas cautivas, a las que previamente habían maniatado. Otros mostraban con orgullo infantil el botín obtenido en el saqueo.

Muchos se habían adornado con los collares y las pulseras que encontraban en las casas y no faltaban aquellos que bebían el licor obtenido.

Los salvajes eran negros, mulatos y alcatraces de fuerte constitución y aire cruel. Algunos iban vestidos tan sólo con un

taparrabos de cuero; otros lucían pantalones de lino y el torso al descubierto. Una gran mayoría ostentaba una rara y ridícula mezcla de ropas producto del saqueo. Muchos iban descalzos, por ser más cómodo marchar de este modo en la selva y otros se cubrían los pies con sandalias de cazador. Muy pocos ostentaban sombreros y turbantes y la gran mayoría mostraban sus crespos cabellos. Sus armas eran también muy dispares. Desde primitivas mazas de guerra, lanzas con la punta endurecida al fuego y arcos y flechas, hasta picas y arcabuces capturados en los combates.

Santos Kakaracou contempló con orgullo a su abigarrado ejército.

* * *

Cuando Edward Davis regresó a la Tortuga con los supervivientes de la expedición de L'Olonais a Yucatán[4], Santos quedó en tierra sin dinero y sin un lugar donde albergarse. Aunque el negro figuraba en la tripulación filibustera, en realidad pertenecía como esclavo a François. Los dos o tres primeros días nadie se fijó en lo que hacía ni se preocupó de él, pero más adelante, otros capitanes, que le consideraban como una valiosa adquisición, decidieron apropiárselo. Hablaron con *monsieur* de la Place, Gobernador de la isla, y éste consintió en ponerlo en pública subasta. Fueron necesarios todos los soldados de la escolta del Gobernador para capturar a Kakaracou. Pero los bucaneros quedaron chasqueados, pues en el mercado de esclavos un mercader pudo pagar más que ellos y se quedó con Santos. Sin embargo, a Kakaracou no le agradaba la vida de las plantaciones. Le era incómodo y penoso que explotaran su fuerza hercúlea para sacar agua y cortar leña. En realidad la vida que amaba era la que François

L'Olonais

le hizo compartir. El esclavo sentía una veneración por el bucanero y una vez muerto éste no se sintió ligado a nadie. Por tanto, una noche asesinó al capataz de la plantación y se fugó de la Tortuga. En un bote de pescadores logró llegar a Haití. Vivió allí durante unas semanas, pero como aquella parte de la isla pertenecía a

Francia y los alguaciles intentaron prenderle, el negro, que estaba sobre aviso e iba armado, mató a tres y logró huir a los bosques.



Centenares de negros surgieron de las plantaciones entrando al asalto en el pueblo.

Vagó por la selva, alimentándose con lo que podía robar de los bohíos que encontraba a su paso hasta que llegó a una parte de la manigua donde tenía su guarida una banda de negros cimarrones.

Estos esclavos huidos de las haciendas se dedicaban al pillaje y

al robo, viviendo en estado salvaje. En muchos aspectos habían vuelto al estado de sus antepasados africanos. Existían numerosas bandas, en forma de pequeñas tribus, que vivían en la selva, luchando contra todo el mundo y saqueando las aldeas y las plantaciones cercanas.

Santos se unió al grupo que había encontrado y al poco tiempo, después de desplegar en unos asaltos la práctica adquirida junto a L'Olonais

, logró un gran prestigio. Entonces, con una fútil excusa, desafió al jefe de los cimarrones y le mató. Inmediatamente quedó nombrado cacique.

Una idea había germinado en la mente de Kakaracou. Aquellas bandas se dedicaban a un saqueo mezquino y sin importancia. El se proponía hacerlo en grande, lo mismo que su antiguo amo. A este efecto se entrevistó con los jefes de otras bandas. A unos los convenció y a otros los mató, pero se agruparon todos bajo su mando.

Con estas fuerzas atacó las plantaciones vecinas, arrasando los sembrados e incendiando los edificios. Todo lo que se encontraba en las casas pasó a poder de los cimarrones. Las mujeres fueron entregadas como esclavas y los hombres, sin importar la edad, asesinados.

Con esto, una gran extensión de selva quedó libre de hombres blancos, en poder de los cimarrones. Santos envió aviso a otras bandas para que se le uniesen. Como toda la partida no se fusionó con él, los negros desertaban de sus jefes para sumarse a las fuerzas del nuevo cabecilla. Kakaracou condujo a sus hombres hacia lo más intrincado de la manigua, a un valle entre escarpadas rocas, situado en la difusa y no delimitada frontera entre la zona española y la francesa. Allí fundó un poblado y desde allí comenzó a dirigir sus expediciones contra los blancos.

Rápidamente su nombre y su fama se extendió por toda la parte francesa de la isla. Era el terror de todos los plantadores y cazadores de raza blanca. Todas las bandas importantes de cimarrones se unieron a Santos y muchos esclavos huyeron de las haciendas para formar un ejército numeroso y salvaje.

Entonces Kakaracou decidió llevar adelante un plan que desde hacía tiempo germinaba en su mente. La ambición había hecho

presa en el alma del cimarrón y la fortuna que le acompañaba en sus expediciones le hicieron concebir el sueño de apoderarse de La Española, así como los bucaneros se apoderaron de la Tortuga, de Guadalupe, de Jamaica y de Haití. Pero él no buscaría la protección de ningún soberano para entregarle su conquista. El se apoderaría de la isla y se coronaría rey de un país independiente, formado por negros. Este sueño grandioso y salvaje atormentaba al cimarrón, sin dejarle un momento de descanso. Con astucia de hombre primitivo hizo su plan de campaña. De las dos zonas en que se dividía la isla, en la francesa encontraría amigos si saqueaba las aldeas españolas. En cambio éstos no le prestarían apoyo si atacaba a los primeros, ya que nunca habían simpatizado con los cimarrones. De modo que decidió primero dirigir sus ataques hacia Santo Domingo.

Reunió a los jefes principales de su horda y les expuso su plan. Los negros sonrieron con placer, mientras sus ojos brillaban de codicia, al pensar en los saqueos, en el botín y en las mujeres blancas que capturarían. Dieron su inmediata aprobación.

Al amanecer, las fuerzas de Santos Kakaracou marcharon hacia la zona española.

Como espectros se deslizaron a través de la maleza, seguidos por todo el séquito de esposas, hijas y esclavas blancas. Con las armas en ristre, los cimarrones asaltaron la primera aldea que encontraron. Aunque los españoles luchaban bien, la sorpresa y la aplastante diferencia de número les hizo sucumbir en pocas horas. La población fué saqueada e incendiada. Luego, provistos de nuevo botín y de nuevas esclavas, los cimarrones continuaron la marcha. Sucesivamente, los poblados caían en su poder y más armas aumentaban los efectivos del rebelde. Los negros de muchas plantaciones se apresuraban a unirse a Santos, formando nuevos grupos de luchadores. Asimismo, bandas de mulatos, alcatraces, mestizos e incluso blancos proscritos le prestaron acatamiento. Kakaracou contemplaba con orgullo la hueste que le seguía.

Un extraño y a la vez primitivamente sencillo ritual marcaba las ceremonias con las que celebraban sus triunfos. Varios hechiceros, que hasta entonces fueron brujos a los que consultaban los negros, realizaban bárbaras ceremonias ante monstruosos ídolos. Cubiertos por máscaras salvajes danzaban ante algún cautivo al que sacrificaban para satisfacer a los espíritus de la manigua. Luego, los

tambores batían, mientras doncellas negras, vestidas con trapos multicolores, se agitaban en extrañas convulsiones, siguiendo el ritmo de los timbales. Santos, rodeado por sus lugartenientes, presidía las ceremonias salvajes. Un día, un numeroso contingente de luchadores se unió a Kakaracou. Vestían túnicas de hilo, largos pantalones arrollados hasta la pantorrilla o taparrabos de cuero. Iban armados con herrumbrosos arcabuces, arcos y flechas y lanzas cuya punta era una espina de pescado. Se trataba de una de las últimas tribus de Caribes.

Santos, con toda la pompa primitiva de su corte, recibió a los indios. Saludó a su jefe con grandes muestras de amor y de respeto. Le ofreció amistad si le ayudaba a erigirse rey y todas las recompensas que pudiera desear. Pero Loaysa, pues él era el cacique de los caribes, apretó los labios. El tan sólo deseaba luchar contra los blancos. No pedía más que un puesto de combate para exterminar a todo el que cayera en sus manos.

Santos se extrañó ante esta reacción, ya que los caribes no se sentían enemigos de los españoles pero accedió gustoso. Loaysa acampó con sus guerreros junto a los cimarrones y saboreó prematuramente la venganza. El indio no tenía ningún motivo de odio contra los blancos. Jamás le injuriaron ni molestaron lo más mínimo permitiéndole vivir a su antojo. Su tribu vagabundeaba por la selva, cazando y pescando. Comerciaaba con los blancos y cuando tenían hambre podían pedir comida en alguna plantación con la seguridad de que serían atendidos. Pero el cacique generalizaba hacia todos los «turey» su odio por Garcilaso. No podía olvidar el golpe que del cazador recibió y desde aquella ocasión había buscado incansablemente una oportunidad para vengarse. Santos se la ofrecía. Lucharía a su lado con toda lealtad hasta haber hundido su puñal en el cuerpo del cazador, tan odiado.

Esperanza, por su parte, se ocultó entre la espesura para llorar su desesperación. Nunca más vería a su «turey». La separaban de Miguel el odio de dos personas que tenían suficiente poder para impedir sus relaciones. Ya nunca la abrazaría el cazador, ni murmuraría en su oído las frases de cariño que a ella tanto le agradaban. Todo, los besos, las alegrías y los celos de aquel amor, pasaban a ser un simple recuerdo.

Tan ensimismada estaba en su dolor que no vio a Santos

Kakaracou que la contemplaba con avidez.

Pero el cimarrón no podía ver a infinidad de fugitivos, supervivientes de las matanzas, que transportaban hacia la capital la noticia de su levantamiento.

CAPÍTULO III

UN HOMBRE IMPRESCINDIBLE

El Gobernador alzó la cabeza, que tenía apoyada entre las manos, y fijó su cansada vista en el ujier que le anunciaba con gran respeto:

—El capitán Villegas espera.

—Que pase —declaró Su Excelencia y después añadió, dirigiéndose a su secretario—: He ahí un hombre sin el cual nos veríamos en una difícil situación.

El secretario, que era un burócrata que jamás empuñó una espada, comentó:

—Pero sin cuyos corsarios se verían en una situación mucho más tranquila los vecinos de Santo Domingo.

El Gobernador le miró con burla y agregó:

Cuando unos hombres se enfrentan de continuo con la muerte bien se les puede tolerar que alteren los descansos de aquéllos cuya vida protegen.

Se abrió nuevamente la puerta para dar paso a un joven alto y esbelto, de elástica y atlética constitución. Vestía de negro y por encima de su casaca se veía el cuello abierto de su blanca camisa. Su enjuto y moreno semblante denotaba audacia y resolución. Sobre sus hombros caía una capa azul. La mano izquierda se apoyaba en la empuñadura de su tizona y con la derecha sostenía su emplumado chambergo.

Sus altas botas resonaron sobre las baldosas. Hizo ante el Gobernador una cortés reverencia y esperó.

Su Excelencia invitó al capitán a que se sentara, al tiempo que

decía:

—Señor don Diego, tengo un trabajo en el que sólo vos podéis salir airoso.

Villegas sonrió mientras se sentaba y se apresuró a responder:

—Decid, Excelencia. Indicadme a quién debo despachar de una estocada y dónde debo dejar el cadáver.

—No se trata de esto —añadió el Gobernador—, sino de algo mucho más complicado. Prestad atención, y le refirió todos los datos que hasta él habían llegado acerca de la sublevación de los cimarrones.

Diego escuchó con atención. Creía saber lo que iban a proponerle.

—Me encuentro en una situación difícil —continuó el Gobernador—. Se tienen confidencias de que una flota inglesa se halla dispuesta a zarpar para el Caribe y no puedo dejar desguarnecida la capital. Además, si yo enviara tropas para que batieran a ese cimarrón, el trabajo sería muy lento. Es necesario alguien que sepa moverse con rapidez y descargar golpes de muerte. Ése —añadió tras una pausa— sois vos. He hablado con el almirante y podéis partir con vuestros corsarios.

El capitán asintió.

—Bien, como ordenéis. Os ruego, sin embargo, que me deis todos los datos por escrito para que yo pueda formar mi plan de operaciones.

—Por supuesto.

Villegas se atusó el bigote.

—¿No podréis prestarnos algunas fuerzas? Mis corsarios resultarán muy pocos en número comparados con los negros.

El Gobernador tecleó un instante sobre la mesa.

—Había pensado en eso —dijo—. De la capital es imposible distraer fuerzas. Creo, no obstante, que podréis marchar con dos piezas de artillería que os entregaré. En el interior, en la ciudad de la Isabela, se os unirá una compañía de corazas. Aparte de eso deberéis valeros de vuestras propias fuerzas.

Diego permaneció un instante silencioso. Temiendo que le pareciera demasiado grave la misión que se le encomendaba, el Gobernador agregó:

—Si preferís no haceros cargo de esta empresa...

El corsario hizo un ademán de impaciencia.

—No se trata de eso —explicó—. Estaba pensando si me daréis facultades para levantar tropas entre los habitantes de las comarcas afectadas por la invasión.

—Desde luego, pero os advierto que son zonas poco habitadas.

Se encogió de hombros el capitán.

—No será la primera vez que los españoles vencemos a enemigos mucho más superiores en número.

Dando por terminada la entrevista, el joven se puso en pie y salió de la habitación. Los soldados que montaban la guardia ante el palacio se preguntaron por qué sonreía el notorio don Diego de Villegas.

El corsario se encaminó hacia las Cuatro Calles, respondiendo a los saludos de aquellos que se cruzaban con él, y entró en el mesón «La Espada de Toledo», donde le aguardaban sus dos fieles amigos Martín Ohando y Juan Pérez de Lerma. El piloto se encontraba vaciando una botella de la Rioja, mientras el alférez se dedicaba a entretener a dos mozas, a las que había reír con sus ocurrencias.

Al ver entrar a su capitán, los dos aventureros se pusieron en pie.

—Ven aquí, Diego —dijo el vasco—, que esta botella de vino es inmejorable.

—Fíjate, Diego —exclamó el otro—, qué magnífica moza te guardo.

Villegas hizo un gesto de cómica desolación.

—En otras circunstancias aceptaría gustoso las dos invitaciones. Ni la botella ni la muchacha pueden ser rechazadas por un caballero español, pero —y al decir esto se encogió de hombros— partimos al amanecer.

Ohando y el alférez lanzaron una exclamación de júbilo.

—¡Caspita, me alegro! —dijo Martín—. Tengo ganas de sentir nuevamente el aire del mar.

—Pues yo tengo unos grandes deseos de lanzarme al abordaje —aseguró Pérez de Lerma.

El capitán se acercó a la mesa y bebió un vaso de vino. Luego acarició la barbilla de la moza y agregó:

—Pues os veréis en la triste obligación de abandonar estas dos magníficas diversiones sin poder sentir los vientos del mar ni poder

lanzaros al abordaje.

—¿Se puede saber a dónde nos dirigimos? —preguntó el piloto.

—Sí, dínoslo de una vez —inquirió Juan.

—Hacia el interior de la isla —explicó Villegas.

—¿Por tierra?

—Así es.

Entonces el joven refirió a sus amigos lo que a su vez el Gobernador le había relatado.

—Y me place en verdad —concluyó—; hora es que nuestra bandera cargue contra el enemigo como en la ocasión en que la obtuvimos[5].

Pérez de Lerma dio una palmada a la mesa.

—Verán ahora los que atropellan a los súbditos del Rey, qué buenos guardianes tiene Su Majestad... —Se volvió a la moza y besándola en la mejilla exclamó—: Adiós, preciosa, hasta la vuelta.

Ohando llamó al posadero, que acudió presuroso.

—Guarda esta botella intacta y no daré un vellón por tu pellejo si alguien se atreve a beber de ella. Cuando derrotemos a ese cimarrón la concluiré.

Los tres aventureros salieron del mesón, dirigiéndose hacia su buque, anclado en el puerto de Santo Domingo. «El Antillano» solía ser punto de reunión para muchos corsarios, que acompañaban a sus camaradas que montaban guardia.

El sargento Leyden saludó a sus tres jefes, y les dio la novedad. Sentados en cubierta, se encontraban infinidad de corsarios que jugaban a los dados, charlaban y reían. En sus puestos, con el arma al hombro, paseando con rígida marcialidad, se encontraban los centinelas.

Por fortuna, la guardia estaba encomendada a los alabarderos, cuyo cabo, Fernando Mendoza, se cuadró en presencia del capitán. Villegas se alegró de ello, ya que los alabarderos eran los soldados más revoltosos y díscolos de su mesnada, pero también los más bravos y dignos de confianza.

Envió al Tuerto y al Extremeño en busca de Vicente de Azogue y de Luigi Matholi. Después pasó revista al armamento y a las municiones que se encontraban depositadas en el galeón. Debía hacer un recuento para pedir al Gobernador las que le hicieran falta.

Al poco rato se presentaron el contraamaestre y el siciliano junto con Pedro Fajeda, que al enterarse de que había novedades a bordo se apresuró a acudir junto al capitán. Diego se retiró a su camarote junto con sus ayudantes y les expuso lo que ocurría y cuáles eran sus planes.

Debían estar dispuestos al amanecer para partir hacia el interior de la isla. Matholi y diez artilleros se harían cargo de los dos cañones y otros diez custodiarían los carros de municiones. Víveres, llevarían algunos, pero principalmente vivirían sobre el país.

Como en tantas ocasiones, el pífano y el tambor recorrían la ciudad, precediendo la bandera azul con la cruz de Santiago que empuñaba Pérez de Lerma.

De los mesones, las posadas y los garitos salían los corsarios, ajustándose los tahalís, para dirigirse hacia el galeón. Algunas veces una robusta y bien parecida moza salía en su persecución, reclamando el pago de lo que habían consumido o entregando el sombrero que habían olvidado.

Con rapidez se congregaron en «El Antillano». Ohando y Gustavus Leyden les transmitían las órdenes. Debían encontrarse allí a las diez de la noche.

Mientras, Matholi reunió a veinte artilleros y partió hacia la fortaleza, donde le fueron entregados dos cañones y varios carros de municiones.

A las diez de la noche se encontraban a bordo todos los miembros de la tripulación. Antes de que se repartiese la cena, formaron para que el capitán pasara revista de armamento. A los artilleros y marineros, que no poseían otras armas que un machete y dos pistolas, se les entregó una pica, quedando agregados a las fuerzas de Pérez de Lerma.

Descansaron todos hasta que el sol comenzó a rasgar por el lejano horizonte los velos de la noche. Entonces, despertados por las notas del pífano y del tambor, los corsarios formaron en el puerto.

Abrían la marcha el pífano y el tambor. Luego se veía a Mendoza con los alabarderos y después a Pérez de Lerma, muy ufano, con la bandera apoyada al hombro y la mano izquierda en la empuñadura de la tizona. Le seguían los piqueros, procurando imitar su gallarda apostura; la mano en la espada y la pica al hombro. A continuación, Gustavus Leyden, con su descomunal fusil,

encabezaba a los arcabuceros, con las cartucheras cruzadas sobre el pecho, al cinto el acero y el arma apoyada en el hombro. Cerraban la comitiva las piezas de artillería y los carros del convoy custodiados por los hombres de Matholi. Pero aunque los corsarios se alineaban como el ejército no podían ocultar su sello de aventureros, que hacían la guerra como profesión. Sus ropas no obedecían a ningún uniforme, sino al capricho de los que las ostentaban. Lucían camisas y coletos de ante, jubones de terciopelo y blusas de marino, coseletes e incluso algunos marchaban con el torso desnudo. Los pantalones recorrían toda la escala conocida en aquella época: calzas de soldado, pantalones de gentilhomme y calzones de marinero. Lo mismo ocurría con el calzado: botas altas, de campana, de marino, zapatos de cuero con hebillas de plata, sandalias y otros con los pies desnudos. Vista desde cierta altura, la compañía presentaba un raro aspecto. Pañuelos de todos los colores anudados a las cabezas, largas y morenas cabelleras, amplios sombreros y relucientes celadas. Eran indudablemente los hombres que hicieron grande a su país. Los aventureros, los que llevaban la guerra en la sangre y cuando les faltaba enemigo se batían entre ellos.

Dos lacayos se acercaron al capitán Villegas.

—Señor —dijo uno—, os traemos este presente de parte del Gobernador.

Diego se volvió para ver dos magníficos caballos de guerra que otros lacayos sostenían.

—Dad las gracias al Gobernador —aseguró el corsario.

Luego, Martín y él saltaron sobre las sillas. El capitán hizo una señal con el brazo. El pífano y el tambor rompieron la marcha, detrás siguieron todos los corsarios. El golpear de varios centenares de pies indicó el paso de los aventureros por la ciudad. Los carros y los cañones saltaban sobre el empedrado de las calles.

Por encima de la música, del rumor de las pisadas y del traquetear de las ruedas se elevó el canto de los corsarios:

«A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dinero
no fuera en verdad».

CAPÍTULO IV

EN CAMPAÑA

Los aventureros continuaron su camino a través de la manigua hasta llegar a la ciudad de la Isabela. Marchaban desde la puesta del sol hasta que el calor se hacía demasiado insoportable. Entonces descansaban nuevamente.

En dicha población se les unió una compañía de corazas. Se denominaban así los soldados de caballería pesada. Iban envueltos en un coselete y un casco menos alto que el de la infantería pero que cubría la nuca. Montaban corceles grandes y resistentes y se armaban con una tizona de grandes dimensiones y cuatro pistolas, ostentando dos al cinto y dos en las fundas de la silla de montar. Se requerían hombres de elevada talla y hercúlea musculatura. El capitán Valdivieso, que los mandaba, era, como contraste de mediana estatura pero de un genio endiablado que hacía que los gigantes de su compañía le temiesen como si fuera Satanás en persona.

Villegas dio el mando de sus corsarios al piloto y continuó el camino, al frente de las dos compañías, hacia la comarca amenazada por los cimarrones de Santos Kakaracou.

Conforme se internaban en la isla hallaban menos señales de civilización, viviendo la gente en estado casi salvaje. Las aldeas presentaban el aspecto de campamentos o de fortines. El paso de los soldados era acogido con grandes muestras de simpatía, ya que las noticias del alzamiento de los negros llegaban sobradamente hasta allí. Se comentaban los ataques a distintas poblaciones y el hecho

de que grupos avanzados de salvajes hubieran sido vistos en tal o cual hacienda. Una aldea parecía desafiar la invasión de los cimarrones y se mantenía inexpugnable en el campo de operaciones de Santos Kakaracou, Según contaban había sido atacada repetidas veces pero los vecinos, cazadores todos, a las órdenes del alcalde, habían rechazado las oleadas de negros y de indios furiosos. Muchos refugiados acudían a aquel poblado por considerarlo el más seguro de todos. La aldea se llamaba Arroyo de Santa Clara y el alcalde Gabriel Garcilaso.

Juzgó Villegas que lo mejor era dirigirse a aquel lugar y desde allí iniciar la contraofensiva. Indudablemente encontraría en Arroyo de Santa Clara gente dispuesta a formar una nueva compañía, que además estaría ya armada, y que conocerían el terreno para guiarle a través de la selva. De modo que se dirigió sin tardanza hacia aquella aldea.

Por el camino fué encontrando innegables pruebas de la guerra. Se veían senderos hollados por muchos pies descalzos, hogueras humeantes aún, donde acampó alguna avanzada enemiga, granjas incendiadas, cadáveres desnudados por los salvajes y campos de labranza arrasados o abandonados.

Para no caer víctimas de alguna emboscada, Diego destacó a los alabarderos que explorasen el terreno y algunas escuadras de corazas cabalaron, protegiendo los flancos de la columna.

Sin ningún incidente llegaron a Arroyo de Santa Clara. A través de la maleza distinguieron las viviendas, agrupadas en el interior de una empalizada.

Mendoza marchaba con los alabarderos, asegurándose de que el enemigo no se ocultaba en la manigua, cuando su oído, acostumbrado a la guerra, oyó el inconfundible ruido de un percutor al ser montado.

—¡Desplegarse!

Rápidamente sus hombres se parapetaron tras los árboles y la maleza, aprestándose a la lucha. Fernando montó las pistolas por si era necesario hacer fuego.

Una voz imperiosa gritó:

—¡No os mováis! ¿Quiénes sois?

Aliviado por el acento de hombre blanco del que hablaba, el corsario respondió:

—Somos los exploradores de la columna del capitán Villegas.

Nuevamente se oyó la voz:

—¡El capitán Villegas! ¿Venís a socorrernos?

—Así es.

Varias exclamaciones de júbilo partieron de la espesura. Casi enseguida unos hombres vestidos con ropas de hilo y amplios sombreros de palma salieron al encuentro de los alabarderos. Sostenían sus fusiles con la mano derecha, mientras con la izquierda les saludaban alegremente. Mendoza se puso en pie y a su vez saludó a los cazadores. Éstos rodearon a los alabarderos.

—Creíamos que nadie iba a venir en nuestra ayuda —dijo uno.

—Hemos sido enviados para expulsar a los cimarrones.

—¿Sois muchos?

—Dos compañías y dos cañones.

Fernando envió a Menergas para que informase al capitán de que el camino estaba libre. Acompañados por uno de los escuchas, los alabarderos entraron en poblado. La gente salía de sus casas, avisándose en voz alta la llegada de la columna. Un gran gentío se congregó en las calles para recibir a los soldados. Mendoza y sus alabarderos fueron rodeados al instante por hombres curtidos y mujeres que les ofrecían frutas, agua y ron.

De pronto alguien gritó:

—¡Ya vienen!. ¡Ya vienen! Se oyó el batir de un tambor y las notas de un pífano. Por la calle principal de Arroyo de Santa Clara desfilaron los soldados de Villegas. En cabeza, siguiendo a los músicos, marchaba Pérez de Lerma, con la bandera en alto, sonriendo a las muchachas. Después, todos los corsarios con la mano en la espada y la pica o el arcabuz al hombro. Sus ropas abigarradas llamaban la atención de los sencillos cazadores. Señalaban todo lo que les sorprendía: los coseletes, las camisas multicolores y las armas. Admiraban la corpulencia de Leyden, la gallardía del alférez y la belicosa postura de los soldados. El gigantesco Ohando, sobre su caballo, despertó gritos de entusiasmo. Conscientes del éxito que habían despertado, los corsarios extremaban la marcialidad de su paso, manteniendo la vista al frente y el cuerpo rígidamente erguido. Después desfilaron las corazas, con la espada desnuda y apoyada al hombro. El sol arrancaba destellos de sus coseletes y de sus cascos. El capitán

Valdivieso sonrió por una vez al comprobar la magnífica disciplina de sus soldados.

Nuevamente un grito partió de la multitud:

—¡El capitán Villegas! Todos los ojos se volvieron hacia un jinete bronceado, de cuyos hombros caía una capa azul. Bajo las anchas alas de su chambergo brillaban sus ojos oscuros y el negro bigote cubría su boca firme y voluntariosa. Nadie les había indicado que fuera aquél el corsario cuyo nombre corría de boca en boca, pero todos lo comprendieron. Aquel jinete era el famoso Diego de Villegas, el hombre que venía a salvarles de los cimarrones, el capitán que mantenía a raya a los bucaneros. Bastaba verle para averiguar su identidad. Se adivinaba. El gesto, la tizona y la capa azul eran las que suponían en aquel sonriente aventurero.

Por último pasaron los dos cañones y los carros de municiones.

Cruzaron la calle hasta llegar delante de la iglesia. Cesó la música y los hombres se detuvieron. A una orden de Villegas, con las picas y los arcabuces formaron pabellones, mientras la infantería se sentaba o se tendía en el suelo. Los de caballería saltaron a tierra y permanecieron junto a sus corceles. La multitud se agolpó en la plaza, contemplando a los duros hombres de la guerra.

Era una admiración mutua. No eran pacíficos labradores que rendían acatamiento a los soldados. Los cazadores, aventureros de la selva, saludaban a los aventureros del mar y a los de la milicia, de igual a igual, como seres de la misma casta.

Un hombre corpulento, al que seguía un joven de agradables facciones, se abrió paso entre la muchedumbre hasta llegar al capitán.

—¿Sois don Diego de Villegas?

—Para serviros.

—Mi nombre es Gabriel Garcilaso, alcalde de Arroyo de Santa Clara.

—Mucho se habla de vos, alabando vuestra defensa contra los cimarrones —aseguró Villegas—. Me envía el Gobernador de La Española con gente armada para detener el avance de los negros.

—Necesitamos que nos ayuden —aseguró el cazador.

—Para esto hemos venido —continuó Villegas—. Ahora os ruego que deis alojamiento y comida a mi gente. Luego cambiaremos impresiones acerca de la campaña que se avecina.

Garcilaso dio unas órdenes. Los soldados y los corsarios fueron distribuidos por las casas. Alegrementemente, los aventureros comentaban la buena o mala fortuna que habían tenido en el alojamiento. Villegas, Ohando y Valdivieso se encaminaron a la residencia del alcalde.

Éste les sirvió una buena comida y después el corsario sacó el informe del Gobernador.

—Según dice Su Excelencia —comenzó Diego—, a Santos Kakaracou le siguen un número de esclavos cimarrones. ¿Podéis fijar el número, maese Garcilaso?

Gabriel se encogió de hombros.

—Resulta difícil precisar cosa alguna. Pero yo calculo que son muchos, pues aparecen por todas partes.

—Los ataques que han dirigido contra vuestra aldea han sido siempre detenidos, ¿no es así?

—Cierto, pero ello no es debido a que fueran pocos sino a que no paseen muchas armas de fuego y no saben manejarlas. Cuando se tuvieron noticias de las primeras fechorías de los negros, hice levantar una empalizada que nos protegiera y destaqué a varios cazadores hábiles en rastrear. Ellos nos avisaron del ataque de Santos. A Dios gracias nuestra puntería suele ser buena y desde la empalizada solíamos cazarlos como si fueran toros. Algunos grupos consiguieron llegar hasta las defensas pero nuestros cuchillos les cerraban el camino. Desde entonces mantienen una fuerza considerable alrededor de la aldea, pero continúan sus correrías por los alrededores.

Villegas se acarició la barbilla.

—Tengo facultad para levantar una milicia —explicó—. ¿Queréis haceros cargo de una compañía de cazadores?

Garcilaso no dudó ni un instante.

—Por descontado.

—¿Creéis que será sencillo organizar nuevas fuerzas?

El alcalde meditó unos segundos.

—Sería necesario —explicó— dirigirse hacia los centros donde se refugian los que huyen de Santos, aun así no lo creo imposible.

—Bien —dijo Villegas—. Mañana partirán hacia esos lugares algunas corazas para reclutar compañías. Mientras, nosotros comenzaremos las hostilidades. Creo que la primera medida debe

ser romper el cerco de esta aldea. —Se volvió hacia el alcalde y le informó—: Podéis preparar vuestras tropas.

A la mañana siguiente el alférez de las corazas, con cinco soldados, el sargento, con otros cinco, y un cabo, con cinco más, partieron hacia distintos lugares para reclutar nuevas fuerzas, que se agruparían bajo las órdenes del alférez.

Garcilaso eligió los cazadores más experimentados de la aldea y los mejores tiradores para formar su compañía. Todos eran hombres acostumbrados a la selva y avezados a la lucha en la espesura, que además iban armados. Los habitantes del pueblo que no fueron elegidos, sin tener en cuenta su edad, quedaron de defensa en Arroyo de Santa Clara a las órdenes del capataz del alcalde, llamado Antonio Calderón.

Un grupo, dirigido por Miguel, salió a dar una batida por los alrededores de la aldea. Debían recoger informes que darían al capitán, pues Villegas, antes de atacar, quería saber el número de fuerzas enemigas y los lugares donde tenían emplazados sus campamentos.

A favor de la noche los cazadores se arrastraron a través de la maleza con los arcabuces montados. Semejaban reptiles, ya que ni una hoja se movía cuando sus cuerpos se deslizaron a través de la espesura. Fontences se detenía de cuando en cuando para escudriñar la noche. Al fin sus ojos pudieron descubrir un leve resplandor. Hizo una señal y todo el grupo se puso en marcha. De pronto volvieron a detenerse. Habían percibido el olor de un cuerpo humano.

Miguel dejó el arcabuz y desenfundó al cuchillo. Los cazadores se detuvieron, mientras el joven desaparecía entre la maleza. Al poco rato regresó y, tomando el fusil, reanudó la marcha. Por momentos el resplandor del fuego se hacía más fuerte. Marcharon hasta llegar a un claro de la selva. Allí ardía la hoguera que les sirvió de guía. A su alrededor descansaban varios hombres semidesnudos. Aunque no era posible distinguirlos bien, se dieron cuenta de que no se trataba de negros. Un centinela dormitaba junto a un árbol, con la lanza sobre las rodillas. Se trataba de un caribe.

Miguel apretó los labios con amargura. Eran los indios de la tribu de Loaysa, el padre de la mujer que amaba. La suerte le

empujaba a luchar contra él y quizá le matara en un combate, pero ni por un instante pasó por su imaginación apartarse de su deber. Los cazadores se internaron en el bosque y continuaron la batida. Uno de ellos se encaramó a un árbol y desde allí escudriñó la selva. Se veían muchas fogatas, que indicaban otros tantos campamentos rebeldes.

Después, los cazadores regresaron a Aldea de Santa Clara.

CAPÍTULO V

PRIMER CHOQUE

Villegas escuchó atentamente el relato de Fontences. Al parecer el núcleo principal de enemigos se concentraba en un lugar que los cazadores llamaban Árbol Partido. Le interesaba ante todo despejar aquel sector, para poder perseguir al jefe de los cimarrones, que continuaba sus correrías por otras comarcas. Diego se volvió a sus oficiales.

—La gente deberá formar al instante. El grueso de la columna, los corsarios y las corazas, se dirigirán hacia el Árbol Partido. Los cazadores actuarán de protección a los flancos.

Rápidamente corrió la voz. Los soldados se alinearon con presteza, mientras que los voluntarios de Garcilaso se agrupaban en la plaza. Calderón dispuso la defensa del pueblo, al tiempo que Matholi emplazaba sus dos cañones de modo que pudieran rechazar un ataque enemigo.

Villegas montó a caballo e hizo una señal.

La columna se puso en marcha, despedidos por los saludos de aquellos que se quedaban en el poblado.

Al compás de una canción se internaron en la selva. Los cazadores se esparcieron por la espesura, como si ojearan una pieza.

Con las armas dispuestas, la columna marchó en derechura del Árbol Partido.

Villegas cabalgaba en silencio, calculando las probabilidades de éxito, en aquel mar de intrincada espesura. Quizá la caballería no resultara muy útil, pero los cazadores iban a ser tan valiosos como

sus corsarios.

A través de la manigua avanzaron en formación de combate. Los caballos desconcertaban a los indios y a los negros, desorganizando sus cuadros, pero las picas de los infantes españoles eran las que derribaban siempre la resistencia enemiga. La dificultad para manejar a las pesadas corazas estribaba en lo intrincado del bosque. En cambio los corsarios y los cazadores se abrían paso aun incluso a través de una muralla de fuego.

De improviso, se oyeron unos disparos a los que siguieron otros muchos, coreados por innumerables alaridos. Un cazador llegó a todo correr, anunciando que los cimarrones habían atacado a sus compañeros.

Diego le preguntó:

—¿A qué distancia está el Árbol Partido?

—A doscientas varas.

—¿Podéis sosteneros?

El cazador sonrió, mostrando sobre la curtida piel los blancos dientes.

—Por supuesto.

—Dile a Garcilaso que continúe avanzando. Nosotros nos dirigiremos hacia el campamento principal.

Asintió el cazador y partió a cumplir las órdenes. El corsario se volvió hacia el capitán Valdivieso.

—Recorred la espesura con vuestros hombres y destrozad todo grupo de rebeldes que encontréis. Continúad persiguiéndoles hasta que oigáis un cañonazo.

Valdivieso saludó y agrupó a sus hombres. Luego, con las espadas desenvainadas, partieron al trote.

Diego colocó su corcel a la cabeza de la columna.

El tiroteo continuaba con distinta intensidad. En ocasiones semejaba concluir para siempre, mientras otras veces arreciaba con fuerte persistencia. El sol arrancaba destellos de las armas de los corsarios. Nuevamente Villegas se encontraba sin más ayuda que sus hombres, los aventureros del mar, aquéllos para quienes la guerra era más que una profesión; constituía un culto, una necesidad física y moral.

No dudaba el capitán que los cimarrones habrían advertido su presencia y que, al ser el núcleo principal de fuerzas, dirigirían d

ataque contra sus corsarios.

Si destrozaba el campamento más importante no le resultaría difícil después limpiar los contornos de grupos aislados. Ante todo debía averiguar el emplazamiento de la guarida desde la que Santos Kakaracou dirigía sus correrías por la comarca. Luego perseguiría sin descanso al cabecilla Mendoza, que como de costumbre marchaba en vanguardia con los alabarderos, se abría paso a través de la espesura. Le habían dado los datos más importantes para que reconociese el Árbol Partido.

De pronto se detuvo. Había percibido el murmullo de un riachuelo. Sin duda era el que debían encontrar antes de llegar al campamento. Miró a través de la maleza y pudo ver las cristalinas aguas que se deslizaban entre las piedras. Con infinita precaución salió de la espesura, seguido por sus soldados. Sabía que debería encontrar el camino que conducía al campamento, porque súbitamente concluía la maleza y comenzaba una sabana. Cruzaron el arroyo y continuaron su marcha. Inesperadamente, el Extremeño dio un grito. Fernando se revolvió con la alabarda en ristre.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El Extremeño, pálido y tembloroso, señalaba un árbol al tiempo que decía:

—¡La bicha! ¡La bicha!

En el árbol se veía a una serpiente que se enroscaba en las ramas. Menergas y el Tuerto se lanzaron sobre ella, destrozándola a golpes de alabarda. Pero el Extremeño no parecía serenarse.

—Nos traerá mala suerte —repetía con voz temblorosa.

Mendoza le ordenó que callara y se internó en la sabana. Quedaban expuestos ante los ojos de los cimarrones, que indudablemente habrían colocado centinelas.

En el centro de la llanura se alzaba un promontorio rocoso, en lo alto del cual crecía un árbol partido por un rayo. A su alrededor se veía un sinnúmero de hogueras humeantes y de bohíos. Era el campamento de los rebeldes. La dirección que seguían no era equivocada. Se disponía Mendoza a dar la noticia al capitán, cuando se dio cuenta de que a nadie se veía. Resultaba muy extraño y el corsario quedó un instante inmóvil. Aunque el promontorio se encontraba a cierta distancia podía distinguir los objetos y el campamento se encontraba abandonado.

El Tuerto, cuyo único ojo poseía una penetrante mirada, se acercó al cabo.

—Mira, Fernando —advirtió—. Fíjate en aquel montículo que se alza junto al promontorio.

Forzó la vista Mendoza y pudo ver lo que le mostraba el corsario. Era un pequeño montículo de tierra, al parecer sin importancia.

—¿Qué le ocurre?

—Que no es un montículo —aseguró el Tuerto. Sin añadir palabra empuñó una de las pistolas que llevaba al cinto e hizo fuego.

Como si brotaran de la tierra, un enjambre de salvajes se pusieron en pie y cargaron sobre los corsarios.

El Extremeño lanzó un grito:

—¡Ya os dije que la bicha nos traería mala suerte!

Mendoza empuñó una pistola y disparó sobre los cimarrones. Estaban aún a mucha distancia para herirles, pero el disparo atraería al capitán.

Los alabarderos aguardaron el ataque a pie firme, con las pistolas amartilladas y el arma apoyada en un brazo.

Como una legión de furias del infierno, los guerreros cargaron blandiendo sus armas y aullando desahogado. Sus semblantes, desorbitados por el furor de la lucha, se distinguían ya, pintarrajeados y cubiertos de máscaras.

Fernando disparó su pistola y un indio se desplomó sin vida. Entonces sus alabarderos vaciaron sus pistolas sobre los salvajes y empuñaron las alabardas disponiéndose a luchar, en espera de que llegasen los corsarios. Ni por un momento pensaron en huir, pues las antiguas ordenanzas de la milicia española decían que si se enfrentaban en campaña seis contra ciento y uno de los seis huía, sería pasado por las picas.

Los alabarderos no aguardaron el ataque de los cimarrones. Alzando sus armas, se abalanzaron sobre los salvajes más cercanos y comenzaron a descargar golpes. Las hojas de sus alabardas cortaban el aire, cayendo sobre el enemigo. Desviaban las lanzas y las mazas de los salvajes, derribando a los que las enarbolaban.

Durante unos minutos lucharon con ferocidad, formando a su alrededor un círculo de muerte.

El Extremeño repetía sin cesar, mientras derribaba enemigo tras enemigo:

—¡Nos ha traído desgracia! ¡Nos ha traído desgracia!

Sus dos inseparables amigos, los dignos Menergas y el Tuerto, luchaban a su lado, redoblando sus esfuerzos para detener a los salvajes que pretendían envolverles. De cuando en cuando le decían:

—¡Calla! ¡Nos pones nerviosos!

A pesar de los enemigos que caían muertos, los cimarrones comenzaban a rodearles. Cuando el enjambre de seres semidesnudos y pintarrajeados les hubieran rodeado, sería tan sólo cuestión de tiempo.

De improviso, una descarga cerrada partió del bosque. La fusilería recortó las filas enemigas y por un instante la lucha cesó. Pero cuando iba a reanudarse, un alarido feroz y alegre al mismo tiempo cortó el aire y de la espesura salieron los corsarios, con las picas en ristre. En cabeza galopaban Villegas y Ohando, blandiendo sus tizonas. Pérez de Lerma, con la bandera en una mano y la espada en la otra, animaba a los aventureros, que cargaban con la furia de diablos. Detrás, dirigidos por Leyden, marchaban los arcabuceros. Algunos empuñaban el fusil por el cañón empleándolo como maza. Otros lo habían abandonado y esgrimían sus machetes.

Como avispas, se lanzaron sobre los cimarrones. Eran muchos menos en número, pero ni por un instante se detuvieron a pensarlo. Era la ocasión para la que vivían, el momento que justificaba aquellas vidas sin rumbo fijo.

Las picas abrieron brecha en los cuadros de los cimarrones. El empuje de los corsarios les arrolló, rompiendo el cerco que habían formado alrededor de los alabarderos.

Villegas revolvía su caballo, descargando golpes de tizona sobre los salvajes. El descomunal acero de Ohando rompía cráneos y cortaba brazos, con una agilidad asombrosa. La confusión comenzó a extenderse entre los guerreros. Lentamente retrocedían, acuchillados sin cesar por los piqueros que guiaba la bandera azul que enarbolaba Pérez de Lerma. Las puntas de las picas, los aceros y las culatas de los mosquetes derribaban la resistencia de los cimarrones, que si en un principio llevaron la iniciativa en aquellos momentos no hacían otra cosa que defenderse.

Fajeda manejaba su espada de soldado, descargando mandobles adiestro y siniestro. Sus blancos dientes reducían sobre la curtida faz cada vez que un enemigo caía destrozado.

Lentamente, los cimarrones comenzaron a retroceder. Fué imposible precisar en qué instante ocurrió. Algunos se replegaron hacia el promontorio. Los españoles redoblaron sus esfuerzos y, de pronto, lo que fué una retirada se convirtió en una huida. Faltos los salvajes de disciplina y conexión, huyeron, abandonando a sus muertos.

Villegas gritaba, al tiempo que espoleaba su caballo:

—¡A ellos! ¡A ellos! ¡No les dejéis huir!

Los corsarios saltaron sobre los rezagados, acuchillándoles sin piedad. Los gritos de triunfo, la expresión feroz de sus semblantes y el encono con, que luchaban aterrorizaron a los cimarrones que se dispersaron en una franca huida.

La sabana quedó libre de enemigos. En la selva se oían disparos y fragor de luchas. Eran los cazadores que perseguían grupos aislados de salvajes. Los que pudieran salvarse de éstos corrían el peligro de caer bajo las corazas de Valdivieso, que recorrían la manigua atacando a todos los cimarrones que encontraban.

Villegas envainó la tizona y se secó el sudor que perlaba su frente, los corsarios se sentaban, lanzándose amistosas bromas. Los heridos procedían a curarse con la ayuda de algún amigo. Los muertos serán recogidos del campo, para ser enterrados en el cementerio de la aldea, los cadáveres de los guerreros fueron abandonados a los cuervos. Al día siguiente se les enterraría, pero entonces no era posible hacer otra cosa.



Villegas revolvía su caballo descargando golpes de tizona sobre los negros.

Varios grupos de piqueros a las órdenes del alférez daban batidas por los alrededores de la sabana buscando grupos de rezagados.

Al fin, Garcilaso y sus cazadores se reunieron con Villegas. Gabriel sonreía, quizá por primera vez en muchos años.

—Ni un cimarrón queda con vida por estos contornos —aseguró—. Todos los indios han pagado su atrevimiento con la vida.

Al decir estas palabras, expresó un gozo salvaje. Miguel

palideció, mordiéndose los labios.

—Regresemos a la aldea —dijo el capitán.

En cuanto volvió Pérez de Lerma con sus hombres, la columna inició el regreso.

La población les recibió con loco entusiasmo. El cerco estaba roto. Ya no corrían peligro de caer en manos de los salvajes. Los vencedores eran agasajados y cubiertos de flores por las mujeres. En todas las casas se preparó una comida extraordinaria para regalar a los luchadores alojados en ella.

Matholi disparó un cañonazo para avisar a las corazas.

CAPÍTULO VI

LA TRISTEZA DE MIGUEL

Valdivieso regresó con sus jinetes y se presentó a Diego.

—Hemos cobrado un prisionero —explicó—. Por sus ropas parece cacique. Se trata de un indio. Mis soldados querían matarlo, pero yo juzgué más oportuno traerlo aquí, puesto que puede proporcionarnos muchos informes.

Miguel, que estaba presente, se estremeció como si le hubieran herido. ¡Un cacique indio! Quizá el propio Loaysa, que había caído en manos de sus compañeros. No ignoraba la suerte que esperaba al caribe.

Villegas asintió.

—Hacedle pasar.

Asintió el capitán y se dirigió a la puerta. Dos corazas entraron custodiando a un joven caribe de hercúleas proporciones. Fontences respiró aliviado.

—Os prevengo —advirtió Garcilaso— que los indios son muy testarudos y no hablan.

El corsario sonrió.

—Veremos. —Se dirigió al cautivo y le preguntó:

—¿Comprendes nuestra lengua?

El caribe no se movió, permaneciendo inmóvil como una estatua. Diego repitió la pregunta, con idéntico resultado.

Garcilaso se apresuró a aclarar:

—Todos los indios comprenden el castellano, pero ya os dije que son muy testarudos.

—¿Dónde está la guarida de Santos Kakaracou? —volvió a preguntar el capitán.

El indio no respondió, permaneciendo inmóvil, con la vista fija en la pared.

—No hay manera de convencerles de que hablen —aseguró Miguel. Fajeda se acercó a Villegas.

—Si me lo permitís, señor capitán, creo que yo podré convencerle.

—Hazlo.

Pedro tomó del brazo al indio y le dijo:

—Ven conmigo, muchachito, que tendremos una animada conversación.

Salieron al jardín y el corsario condujo al caribe hacia un establo. Al poco rato volvió a salir el catalán, empujando al caribe, que se tambaleaba.

—Le convencí —declaró sencillamente.

Villegas repitió su pregunta.

—¿Dónde está la guarida de Santos Kakaracou?

El indio agachó la cabeza y comenzó a hablar con voz ronca:

—*Guamiquina* Santos vive en unos montes llamados Boechio.

Garcilaso se acarició la barbilla.

—¿Pero en qué parte? Conozco esos montes y si no nos dan más datos sería lo mismo que entregarnos a ese rebelde.

—Vive en el Valle de Anacaona[6] —agregó el caribe.

—No ha elegido mal lugar —comentó Gabriel.

—¿De cuántos hombres dispone Kakaracou? —quiso saber Villegas.

El indio se encogió de hombros.

—¿Quién puede contar los gujarros que arrastran las aguas de un río?

Diego se acarició el bigote.

—¿Creéis que pueden ser tantos? —preguntó.

Garcilaso hizo un gesto de duda.

—Es posible, pero los indios siempre exageran. Sin embargo, deben seguirle un gran número de guerreros.

—Aunque fueran un *cuento*[7] les venceríamos —aseguró Pérez de Lerma.

Tres días después llegaron de nuevas compañías que había levantado el alférez de las corazas. Estaban compuestas por campesinos y cazadores. Aunque todos estaban acostumbrados a la vida en la manigua, los corsarios les recibieron con el recelo que los aventureros sienten por los hombres de vida pacífica. Sin embargo, Fajada, que había guerreado en los montes de Cataluña, les aseguraba:

—Cuando llegue la ocasión, ya veréis cómo defiendan sus hogares esa gente pacífica. ¡Voto a sanes! No en balde son españoles.

Con este refuerzo Villegas mandaba una columna de mil trescientos hombres. El enemigo era mucho mayor, pero al corsario esto no le preocupaba. Un tercio de infantería española era algo inferior en número a las fuerzas de que disponía el capitán y en Flandes diez tercios bastaban para mantener a raya a todos los protestantes, a los franceses y a los ingleses. Además, recordaba la célebre frase: «Cien jinetes alemanes representan doscientos jinetes corrientes, pero cien infantes españoles en campo abierto son cien diablos, doscientos caballos desbocados y cuatrocientos soldados normales».

Una mañana partió de Arroyo de Santa Clara, seguido de sus hombres y de la artillería, en dirección a los montes Boechio. Si Santos Kakaracou salía a recibirle, tanto mejor. En campo abierto le demostraría el valor de «la pólvora de España». Si el cabecilla cimarrón le esperaba parapetado en los peñascos le enseñaría el modo cómo los españoles asaltaban las fortalezas consideradas inexpugnables.

Muchos de los labradores iban armados de picas y de horcas que en la lucha servían para lo mismo. Formó con ellos una compañía que protegiese el avance de los corsarios y todos los cazadores, excepto un grupo que formaba entre los campesinos, siguieron a Gabriel Garcilaso. Valdivieso, con sus corazas, instituían un grupo volante que acudía a todos los lugares amenazados por los salvajes. Batallando incesantemente continuaron su marcha a través de la manigua y de sabanas. Los grupos de cimarrones se deshacían ante

el empuje de los aventureros. Las victorias y las tumbas enemigas iba a señalando el paso de aquellos hombres que, con una canción en los labios, devolvían la paz al país. Las aldeas liberadas les recibían con gritos y lágrimas de júbilo. Abrazaban a los aventureros, que olían a pólvora y a aventura, aclamándoles porque les habían salvado y rogando que rescatasen a los familiares que aun tenían presos.

A estocadas, golpes de pica y arcabuzazos se abrieron paso por la manigua avanzando hacia los montes Boechio.

Llegaron ante una aldea cercana, a la guarida del rebelde, en la que se habían fortificado muchos guerreros enemigos. Villegas simuló acampar en las afueras. Durante todo un día permanecieron allí los corsarios. Envalentonados, los cimarrones hicieron una salida, cayendo sobre el campamento. En aquel instante cargaron los corazas con las espadas desnudas. Alrededor de los jinetes se arremolinaban los salvajes, blandiendo sus armas y aullando con ferocidad. Los soldados repartían tajos a diestro y siniestro, hundiendo cráneos y cercenando brazos. Los fieros corceles de guerra relinchaban de gozo, derribando enemigos y pateando a los que caían.

En aquel momento se oyó un pífano y un tambor que tocaba «paso de carga». Del campamento, salieron en tromba los corsarios, siguiendo la bandera azul que tremolaba Pérez de Lerma. Las picas y los arcabuces relucían al sol. Los aventureros, curtidos y despechugados, cargaban como demonios enfurecidos. Desde su corcel, Villegas animaba a sus hombres. Después aparecieron los cazadores y los campesinos. Sus rostros ennegrecidos por el sol contrastaban sobre sus blancas vestiduras.

Se lanzaron sobre los cimarrones como si buscasen una muerte rápida, despreciando la vida, y su temeridad alcanzó la victoria. El ataque fué irresistible. Los salvajes huyeron, abandonando el campo lleno de muertos y de heridos.

Los corsarios, quemados por la pólvora, jubilosos por el triunfo y borrachos de lucha, entraron en la aldea rescatada. Toda la población se volcó a las calles para vitorear a sus salvadores. Los prisioneros eran conducidos por el grupo de alabarderos. Entre los cautivos figuraban dos muchachas caribes que, con el fatalismo de su raza, se resignaban a su suerte. Miguel las observaba en silencio.

Nada podía hacer por ellas. Fueron capturadas, con los guerreros y debían seguir la misma suerte.

Las tropas acamparon en la plaza mayor, formando pabellones con las armas. La bandera de los corsarios ya no era la enseña de un vivo azul que recibieron en Campeche. Se veía quemada por el sol y rasgada por balas y azagayas.

El alférez la contempló con orgullo.

—Ahora —les dijo a sus hombres— está mucho más bonita. Es una bandera de guerra.

Villegas reunió a los oficiales.

—Antes de internarnos en los montes Boechio daremos descanso a la tropa y nos aprovisionaremos de víveres. Si durante este tiempo Santos se decide a salir de su madriguera y atacarnos, tanto mejor.

Se extendió pronto la noticia de que se quedarían de reposo en aquel lugar y los corsarios se reunieron en la plaza para contemplar, con ojos de marinos acostumbrados al océano, la silueta azul de los montes Boechio que se recortaba en el horizonte.

Al anochecer, los hombres se reunieron alrededor de las hogueras sobre las que los calderos humeaban. En las afueras de la población los escuchas montaban una guardia tensa y silenciosa y los centinelas paseaban por la ciudad con pasos calculados y lentos, el arma al hombro y la mirada en las estrellas, que les hacían guiños desde la bóveda azul del cielo, como si fueran miles de doncellas enamoradas de su hombría y de su valor.

Lentamente se acallaron los murmullos de la aldea, los hombres se envolvían en las mantas o en las capas para dormir su sueño tranquilo de artífices de la guerra y las hogueras se fueron apagando, hasta que no quedó más que aquella junto a la que se detenían los centinelas al hacer su ronda.

Miguel Fontences, confundido con los cazadores de su compañía, no podía dormir. Se revolvía entre la manta, sintiendo a su lado la frialdad del arcabuz. Sin poder precisar la razón, las dos muchachas caribes le habían recordado a Esperanza y este recuerdo le quemaba el pecho con inquietante desazón.

Ni por un instante se engañó a sí mismo creyendo que había muerto el amor que sentía por la mestiza, pero logró dominarlo y, endurecido por los combates, dormirlo. Tero entonces renacía con más fuerza que nunca, quizá como reacción a las escenas

sangrientas en las que se veía envuelto. Anhelaba regresar a la paz de su aldea y respirar los penetrantes perfumes de la selva, tenderse a la sombra de algún árbol, mientras la brisa, que murmuraba entre los árboles, le acariciaba los cabellos.

Todo esto debía relacionar su pensamiento con Esperanza. ¿Qué haría en aquellos momentos? ¿Dónde se debía encontrar?

La imaginó huyendo con su padre, perseguida por los hombres de Villegas de los que él formaba parte. Esperanza se encontraba siempre en peligro, expuesta a una bala perdida o a morir de hambre en la selva. Quizá cayera en poder de algunos soldados borrachos y...

Fontences se oprimió la cabeza, desesperado por sus pensamientos.

Luego, a su memoria volvió el recuerdo del primer beso que cambió con la mestiza.

CAPÍTULO VII

LOS RECUERDOS DE ESPERANZA

Era una tarde de primavera. El sol se ocultaba tras la maleza y el cielo en penumbra se veía surcado por las luminosas estelas de los cucuyos. Un penetrante perfume a flores silvestres invadía la cálida noche de los trópicos.

Miguel se internó en la manigua, paseando junto al arroyo que daba nombre al poblado.

Esperanza había aparecido en la aldea hacía unos días y desde el primer instante atrajo la atención del cazador. Sus ojos alegres, su prometedora boca y su cuerpo cimbreante se habían adueñado de los pensamientos del joven. Desde que la vio no era capaz de fijarse en otra cosa. Recordaba a cada momento su larga cabellera que despedía azulados reflejos, el tono dorado de su piel y las caderas que balanceaba al andar.

De pronto oyó un ruido entre la espesura. Inesperadamente, movido por la costumbre de vivir en la selva, se ocultó detrás de un árbol. Se apartaron los matorrales para dar paso a Esperanza, que se dirigía hacia el riachuelo, con un cántaro apoyado en el hombro. El cazador admiró la curva de su torneado brazo y la firmeza de su cuerpo, flexible al moverse.

Incapaz de contener su impulso, el joven salió al encuentro de la mestiza. Ella le reconoció y le dirigió una sonrisa de saludo.

—Buenas noches, «turey».

—Buenas noches, Esperanza.

Por un instante los dos jóvenes permanecieron silenciosos. El

perfume de jugos vegetales con los que ella se impregnaba el cabello, despertaba los sentidos de Miguel.

—¿Comprarás mañana fruta, «turey»? —volvió a preguntar la muchacha.

Fontences la miró con pasión.

—Las frutas que compraría serían tus labios, Esperanza.

La mestiza sonrió y bajó la vista.

—«Turey», eres muy halagador.

—No es halago, Esperanza. Es que tus labios me queman como hierros candentes, Siento su necesidad, como si mi vida dependiera de ellos.

La muchacha se había arrodillado junto al arroyo y llenaba el cántaro mientras escuchaba las palabras del joven. Después se sentó sobre la verde hierba y dirigió a su acompañante una mirada cálida y acariciadora. Miguel se sentó a su lado.

La noche extendía sus grises velos sobre la espesura. Algunas estrellas comenzaban a brillar y los surcos, luminosos de los cucuyos se entrelazaban entre los árboles. La brisa nocturna agitaba los altos tallos de la maleza y el trinar de los pájaros se mezclaba con el cristalino murmullo del arroyo. Fontences continuó diciendo:

—A veces creo que eres bruja y que me has hechizado. Veo siempre tus labios ante mis ojos y me parece que si no los consigo he de morir.

Esperanza sonreía, luciendo su boca fresca y roja y contemplando al cazador con los ojos entornados.

—Si tan grave es tu mal —susurró—, procuraré curarte.

Miguel se acercó a la muchacha, pero ella continuó sonriendo. Cuando él estuvo más cerca se tendió en el suelo y dijo:

—Yo no quiero que mueras, «turey».

Fontences se inclinó a su lado, acariciando sus redondos brazos desnudos y besó los labios rojos y entreabiertos con salvaje pasión.

Desde aquel anochecer se vieron casi continuamente. Lo que comenzó casi como un pasatiempo se convirtió en una obsesión para el cazador. Necesitaba verla y hablar con ella, oír su voz cálida y dulce a la vez. Sin embargo, temía que Garcilaso se enterara, pues éste nunca había ocultado su odio por los indios. Con frecuencia se hacía el propósito de no verla más, pero siempre acababa por acudir a sus tácitas citas junto al arroyo, a la hora en que moría el día. Se

sentía fascinado por aquella muchacha de salvaje atractivo. Era como un pajarillo bajo el magnético influjo de una serpiente.

Por fin, los cazadores partieron hacia una larga expedición. Al encontrarse separados comprendió que la amaba. En las noches de plata del trópico, con los perfumes de la selva, volvía a su memoria el recuerdo de aquel beso junto al arroyo y su anhelo por la mestiza.

Cuando regresaron al pueblo, alguien le informó de que se habían marchado. Sintió que una furiosa cólera le quemaba el corazón. Era una cualquiera y él era tan imbécil que se había enamorado. Luego, los celos le fustigaron con crueldad. Quizá había huido con otro hombre.

Luego, al volver, la encontró de nuevo. No pudieron hablar, pero el brillo de sus ojos le convenció de que le amaba. Era lo mismo, sin embargo. Le juró a Garcilaso que no la vería más.

* * *

Esperanza se sentó a la puerta de su bohío. El Valle de Anacaona presentaba una ajetreada actividad. Todos se movían de un lugar para otro, trabajando sin descanso. La mestiza no ignoraba a qué se debía aquel movimiento. Por la noche, Santos Kakaracou se coronaría rey de los cimarrones y de toda la isla. Pero esto no preocupaba a la muchacha. Le importaba muy poco lo que pudiera hacer el cabecilla. Sin embargo, una vez proclamado rey, tendría poder y autoridad sobre todos y esto era lo que ella temía. Comprendió muy bien el significado de las miradas que le dirigía el negro y cuando fuera rey nadie le impediría apoderarse de la muchacha y hacerla su esposa. Por otra parte, Loaysa estaba dispuesto a consentir.

Todo parecía confabularse en contra de su dicha, todos parecían hacer esfuerzos para que se sintiera desgraciada. Santos, su padre, Garcilaso, todos.

Esperanza estaba decidida a matarse antes que ser la esposa de Kakaracou. Ella no podía pertenecer a otro hombre que no fuese Miguel. Cada día su amor por él era más fuerte. Se sentía

desesperada al pensar que nunca más volvería a verle y tan sólo una débil esperanza la mantenía viva. Entre las fuerzas españolas que luchaban contra los cimarrones figuraban los cazadores de Arroyo de Santa Clara y entre ellos se encontraría el joven.

En ocasiones le odiaba, pensando que se batía contra su padre y que quizá fuera él quien le matase, pero su enojo no duraba mucho. En seguida le perdonaba, para recordar los instantes de exquisita dicha que pasó en sus brazos. Rememoraba uno a uno estos dulces recuerdos, desesperándose por la barrera de odios que entre los dos se había alzado.

Siempre le gustó Miguel. Recordaba perfectamente el día en que por primera vez le vio.

Acababa de llegar a Arroyo de Santa Clara y recorría las calles con un cesto de fruta, cantando «aeritos» para que la gente se decidiera a comprarlas.

Detenido con un grupo de amigos, Fontences charlaba ante la herrería. La muchacha se sintió impresionada por su gallarda apostura. Los cazadores le compraron las frutas y regresó al campamento de su tribu.

Por la noche, antes de dormirse, recordó al joven cazador. Casi no le había dirigido más palabras que los otros, pero su imagen quedó grabada en su retina. Sus ojos la miraron, con admiración, pudo darse cuenta. Deseó que llegara pronto el nuevo día para dirigirse a la aldea y ver a aquel guapo desconocido.

Aguardó impaciente a que saliera el sol, y, después, a que quedasen concluidas las faenas del campamento para marchar a Arroyo de Santa Clara. Cargó su cesta de frutas y se encaminó al poblado.

El corazón le latía con fuerza al pensar que iba a verle de nuevo. Recorrió la calle principal cantando un «aerito» y balanceando las caderas como era su costumbre. Dio a su voz tonalidades más cristalinas y cadencias más apasionadas, confiando en que esto llamaría la atención del joven.

Al fin le vio ante la herrería con el mismo grupo de amigos. Sintió que se aceleraba su pulso y que las piernas le temblaban. Las negras pupilas del «turey» estaban fijas en ella.

Muy decidida se encaminó hacia los cazadores y, cesando en su pregón, dijo:

—¿Queréis frutas?

Todos compraron, agotando allí mismo su mercancía. El desconocido le habló con galantería, mientras su mirada permanecía fija en ella. Alguien le llamó Miguel.

Esperanza se alejó por la calle, sintiendo que los ojos del joven la seguían mientras se encaminaba al campamento.

Se llamaba Miguel. Su imagen dejaba de ser impersonal para convertirse en una realidad. En sus pensamientos podía llamarle por un nombre: Miguel.

Desde entonces, acudió diariamente a la aldea. Como si hubiera sido una cita, él se encontraba siempre delante de la herrería. Pasaba la mestiza con su cesto de frutas, que allí se descargaba, se miraban y durante toda la jornada tenían el recuerdo de sus pupilas que se habían encontrado.

Pero un anochecer se encontraron en la manigua junto al arroyo que daba nombre a la aldea. Su amor, que hasta entonces fué un vago sentimiento, se convirtió en una palpitante realidad. Al recordarte sentía nuevamente la muchacha la embriaguez que le produjeron los besos de Miguel y creía sentir en torno a su cuerpo la presión de sus fuertes brazos.

Un día él se marchó de Arroyo de Santa Clara junto con otros cazadores. Entonces ocurrió algo que en aquella época no comprendió. Su padre, el *guamiquina* de la tribu, dio orden de alejarse para siempre del poblado. Esperanza suplicó y lloró sin conseguir nada. Se levantó el campamento y se internaron en la manigua. Pero aquella región era muy fértil y los caribes pidieron a Loaysa que no la abandonara. Éste debió acceder. Diariamente la muchacha enviaba a un niño a Arroyo de Santa Clara para que averiguase si habían regresado los cazadores. Pasaron días y más días antes de que Miguel volviera y Esperanza se desesperó. Pero al fin le dijeron que había regresado.

Entonces tomó un cesto de frutas y se escapó hacia la aldea. Lo demás... era demasiado doloroso para recordarlo.

Desde que los caribes se unieron a Santos corrían de un lugar para otro, luchando siempre. A la mestiza no le gustaba la guerra. Amaba demasiado la música y las diversiones para que no le resultara odioso aquel espectáculo de destrucción y de saqueo.

Loaysa ocupaba un importante puesto en el consejo de los

cimarrones, pues Kakaracou deseaba atraerse a todas las tribus indias que aun quedaban en La Española.

De pronto, un rumor de voces que crecía por momentos, apartó al la muchacha de sus meditaciones. Salió de su bohío y dirigió una mirada al valle cubierto de chozas de hierba. Era el extremo del campamento que ocupaban los indios caribes. Éstos se encontraban reunidos, rodeando a un salvaje flaco y cubierto de polvo. Les refería algo, agitando los brazos y gesticulando. En medio de la confusión de gritos, las palabras llegaron hasta la mestiza. Los «turey» habían tomado una aldea muy cercana a los montes Boechio. Loaysa ordenaba a los indios que callaran hasta que él hubiera informado al cacique negro.

Esperanza se estremeció. Los españoles se encontraban muy cerca del Valle de Anacaona. Esto quería decir que la guerra se aproximaba y que su padre y todos sus amigos se encontraban en peligro, que muchos hombres armados avanzaban hacia el campamento, para concluir de una vez con los rebeldes. Estallarían los disparos y correría la sangre, las espadas y las picas se hundirían en los cuerpos, segando vidas.

Pero también quería decir que los españoles acabarían aquella terrible guerra de saqueos que el cimarrón llevaba adelante. Volvería la paz y la dicha para los habitantes de las aldeas. El corazón de Esperanza sangraba de dolor al recordar cómo los rebeldes torturaban a sus cautivos y les expulsaban de sus hogares. Todo esto concluiría y, además, al acercarse los españoles también se acercaba Miguel Fontences.

¡Si pudiera huir!, se dijo la mestiza. Se presentaría en el campamento de los soldados y los españoles la protegerían. Ellos la librarían de Santos Kakaracou. Podría estar junto a Miguel y no separarse nunca. Debía buscar una oportunidad para huir. Pero tenía que hacerlo rápidamente.

CAPÍTULO VIII

REY SANTOS

La noche envolvía de misterios el Valle de Anacaona. Sobre el cielo tachonado de estrellas se recortaban las escarpadas cumbres de los montes Boechio¹. Una luna blanca irradiaba su luz sobre la tierra, convirtiendo las palmeras y los cocoteros en seres monstruosos de muchos brazos.

En el valle ardía una inmensa hoguera, colocada en el centro de los bohíos que formaban un poblado.

Un poste toscamente labrado representaba el ídolo que adoraban los negros cimarrones, que al regresar al estado salvaje habían abandonado la religión católica. Todas las fuerzas de Kakaracou residentes en el campamento se hallaban presentes en aquella ceremonia salvaje y espectacular. Se sentaban en semicírculo alrededor de la hoguera y del ídolo, dejando amplio espacio para los bailarines y los hechiceros. Iban todos armados con sus extravagantes vestiduras, pues se trataba de una gran ocasión para las fuerzas rebeldes. La hoguera iluminaba tan sólo a los primeros, deformando sus facciones, y los demás quedaban sumidos en la obscuridad, aunque podían ver lo que ocurría en el espacio iluminado por la hoguera.

Junto al ídolo habían levantado un burdo trono de piedra en el que se sentaba Santos Kakaracou. Su piel negra relucía al contacto del resplandor de la hoguera, destacándose el taparrabos y el turbante blanco. Sobre los hombros lucía una capa de piel de toro y sobre su hercúleo pecho numerosas ristras de piedras de colores y

dientes de animales. En las rodillas descansaba su enorme alfanje que acariciaba con sus callosas manos.

Junto a él se veía al hechicero de la tribu, vestido con una capa de fibras secas que le cubría desde el cuello hasta los pies. En la cabeza lucía unas plumas y con la mano enarbolaba una vara, con la que dirigía la ceremonia.

En un extremo de la plazuela se sentaban los músicos, desnudos de cintura para arriba, luciendo penachos de plumas de colores. Batían con la palma de la mano sus tambores hechos con un tronco vacío y una delgada piel de carnero. Otros agitaban, siguiendo el compás, unas calabazas rellenas de piedrecillas. Algunos tocaban flautas de caña y dos golpeaban unos palitos, dirigiendo el ritmo de la música sencilla y primitiva. Un negro joven entonaba una canción con voz chillona y nasal. La multitud seguía el compás, batiendo palmas.

La música se hacía a veces perezosa y sensual, otras salvaje y alocada, como si los ejecutores se vieran atacados por un desquiciado frenesí.

Alrededor de la hoguera danzaban unas doncellas negras, ataviadas con faltas de rafia y pañuelos de colores atados al pecho. En las muñecas y en los tobillos llevaban pulseras y ajorcas de caracolillos. Sus pieles relucían por el sudor y por la grasa con la que se habían frotado el cuerpo, haciéndolas parecer estatuas animadas de ébano.

Algunas mulatas lucían los cabellos rizados hasta los hombros macizos y firmes y aquellas que eran de pura raza negra se cubrían la cabeza con un turbante multicolor.

Seguían el ritmo de la música con el movimiento de sus cuerpos.

Cuando la tonada era lenta, balanceaban las caderas y movían los brazos, echando la cabeza hacia atrás como si invitaran al amor. Sonreían, luciendo sus blancas dentaduras sobre las negras facciones. Eran la imagen de la dicha, del placer primitivo. Entonces un nuevo personaje surgía de las sombras para intervenir en la danza. Iba vestido con unos largos pantalones de rafia, una blusa del mismo tejido, sin mangas y ocultaba la cara bajo un cucurucho, con dos aberturas para los ojos. Representaba al diablo, a los espíritus malignos que, al decir de los brujos, poblaban la selva. En aquel momento el ritmo cambiaba. Se convertía en un compás

insistente y desesperado. Las bailarinas se agitaban como poseídas por el demonio, saltando hacia adelante y hacia atrás, ondulando sus esbeltos cuerpos, mientras el «espíritu maligno» las perseguía. Al fin, el danzarín simulaba cansarse, sus pasos eran vacilantes, parecía qué iba a caer, al tiempo que a su alrededor evolucionaban desesperadamente las doncellas. Por último, huía el brujo, refugiándose en las sombras.

El ritmo de la música alcanzaba su paroxismo de frenesí. Jubilosamente batían los tambores, mientras las flautas alzaban sus notas más agudas. Los que agitaban las calabazas seguían con sus movimientos el compás de la tonada. El cantor elevaba su voz, dominando la algarabía de sonidos.

Las bailarinas lanzaban penetrantes chillidos, al tiempo que bataneaban las caderas y agitaban los hombros y los brazos. Saltaban hacia adelante, echando la cabeza y el busto hacia atrás. Semejaban víctimas de algún maleficio o enfermas de alguna locura.

Era el triunfo sobre el diablo, sobre los espíritus malignos que perseguían a los negros.

El auditorio parecía contagiarse por este frenesí. Se oían chillidos que partían de las sombras. De vez en cuando alguna muchacha se abría paso entre la multitud hasta llegar junto a las danzarinas. Sin poderse contener, comenzaba a agitarse en furiosas convulsiones, siguiendo el ritmo de la música, al tiempo que lanzaba penetrantes aullidos. Vencida por la excitación que la dominaba, acababa por caer rendida, mientras las doncellas continuaban bailando a su alrededor. En tierra, quedaba tendida, sin que nadie fuera a recogerla. Los espectadores se inclinaban hacia el suelo, reverenciando el deseo de su ídolo que se había apoderado del cuerpo de la muchacha.

Al fin cesó la danza, se retiraron las bailarinas y las jóvenes desmayadas fueron recogidas por sus familiares.

Entonces el hechicero avanzó nada la hoguera, con su vara en alto. Los murmullos de las conversaciones y las palabras del brujo resonaron en medio de un impresionante silencio. Hablaba en un raro dialecto, mezcla de castellano, francés y palabras negras. Invocaba la protección del cielo sobre su jefe, sobre Rey Santos, el invicto guerrero que derrotaba a sus enemigos y al que tan sólo una

bala de oro podía matar.

Después de su breve oración, el hechicero dio dos palmadas y cuatro negros gigantescos entraron en el círculo de luz con dos cautivos maniatados. Uno de ellos era una muchacha rubia, de piel blanca y ojos dulces que lloraba quedamente: el otro era un fornido labrador. Las vestiduras de amibos se veían rasgadas y los suaves miembros de la cautiva excitaron las pasiones de los salvajes que comenzaron a gritar, sonriendo con crueldad.

La muchacha les contemplaba con terror, como si no creyera posible lo que estaba viendo. Sus hermosos ojos, agrandados por el horror, se detenían en los semblantes descompuestos por la codicia. El hombre pugnaba por librarse, dirigiendo a los cimarrones miradas de odio impotente.

El hechicero trazó en el aire unos signos cabalísticos con su vara y los tambores comenzaron a batir. De la multitud partió un canto lúgubre y monótono.

El hechicero se acercó a la joven y, tomándola por un brazo, la obligó a arrodillarse. Luego sacó un puñal de las profundidades de su capa y lo alzó sobre la cabeza de su víctima. Ofrecía aquella doncella como sacrificio al dios de la vida Este, agradecido por el regalo, derramaría todos sus dones sobre los hogares. Después agarró a la muchacha por los cabellos y la obligó a echar la cabeza hacia atrás. En el instante que descendía su puñal, brilló una mirada de terror en los ojos de la joven y se oyó su grito de miedo que, al sepultarse en su pecho el acero, se convirtió en un estertor de agonía.

Todas las mujeres del campamento se abalanzaron sobre el cadáver, mojando sus manos en la sangre. El hechicero las obligo a apartarse y entonces se volvió hacia el cautivo, que luchaba por romper las ligaduras, dirigiendo a los cimarrones toda clase de insultos.

A golpes le hicieron arrodillarse. El hechicero alzó el cuchillo, ofreciendo aquel hombre joven y fuerte como sacrificio al dios de la guerra.

El labrador gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Asesinos! ¡Villegas me vengará!

Descendió el cuchillo hasta hundirse en el pecho del cautivo, que se estremeció, cayendo al suelo al tiempo que se agitaba con los

estertores de la muerte.

Entonces los guerreros se abalanzaron sobre el cadáver, mojando a su vez las manos en la sangre. De este modo el dios de la guerra les sería propicio y obtendrían siempre la victoria sobre el enemigo.

El hechicero ordenó que retirasen los cadáveres y la multitud regresó a su puesto.

Nuevamente se hizo el silencio, sobre la aldea. Los tambores batieron una vez más, con ritmo lento y persistente. Como si hubieran ejercido las veces de un bálsamo, fueron calmando los excitados espíritus de los cimarrones.

El hechicero alzó los brazos hacia las estrellas. Se acercaba el momento decisivo de la ceremonia. La voz del brujo se elevó, en una plegaria de compás monótono y salvaje. Repetía una y otra vez los mismos tonos. De improviso saltaba a un ritmo persistente. Luego, calló y bajó los brazos.

De entre la multitud surgieron seis hombres de extrañas vestiduras y amenazador aspecto. Eran los seis capitanes de Santos, entre los que figuraba Loaysa, armado con su arcabuz. Uno de los lugartenientes vestía casi como un hombre blanco y lucía una tizona al costado. Se trataba del mulato Louverdure.

Los tambores habían cesado a su vez y un silencio impresionante pesaba sobre la aldea.

Santos Kakaracou se puso en pie. De noche, iluminado por la hoguera, semejaba aún mucho más alto. Blandió su alfanje, como si amenazara a sus enemigos y lanzó un grito poderoso.

—¡Soy la guerra! ¡El rayo que todo lo destruye y el trueno al que todos temen! ¡Soy la guerra!

Como en una salmodia, repitieron a coro los cimarrones:

—¡Es la guerra, es la guerra! ¡Rey Santos! ¡Rey Santos!

Luego, Kakaracou avanzó hacia la hoguera. Alzó su acero sobre las llamas y su voz se elevó, dominando todo el campamento:

—¡Soy la guerra y llevo la desolación a mis enemigos! Los que me siguen podrán vivir en paz con las riquezas que obtendremos. ¡Soy invencible! Tan sólo una bala de oro puede matarme.

Entonces el hechicero tomó una corona de concha de tortuga y plumas de colores y se acercó hacia el cimarrón. Santos se arrodilló mientras colocaban la corona sobre su turbante. La multitud estalló en gritos de:

—¡Rey San tos! ¡Rey Santos!

El hechicero trazó en el aire unos signos cabalísticos y los tambores comenzaron a batir furiosamente, como enloquecidos, como si invitaran a los hombres a la lucha.

El furor de los timbales se transmitió a la multitud. Todos se pusieron en pie y comenzaron a dar alaridos. Inconscientemente, iniciaron una danza salvaje y frenética. Al mismo tiempo varias hogueras se encendieron por todo el poblado, irradiando su luz por el valle.

En un loco frenesí se agitaban las mujeres saltando hacia adelante y hacia atrás. Otras parecían víctimas de furiosas convulsiones, estremeciendo su cuerpo, como si las poseyera el maligno.

Los guerreros saltaban por encima de las hogueras, lanzando gritos de lucha. Otros remedaban un combate, peleando con un enemigo imaginario. Blandían sus armas y simulaban derrotar al adversario. Algunos corrían de un lado para otro, bajo los efectos de los tambores que les impulsaban a moverse.

Toda la aldea parecía una enorme casa de locos. Ni por un momento descansaban, agitando los brazos y las piernas y moviendo los cuerpos.

Los semblantes se veían contraídos de furor. Por el campamento corrían los salvajes como si hubieran perdido el juicio. Blandían sus armas y gritaban como energúmenos. Los tambores seguían batiendo.

Desde un extremo de la aldea, Esperanza contemplaba, con mezcla de terror y de asco, aquella escena de aquelarre. Sentía unas profundas náuseas y al mismo tiempo un destello de alegría. Aquélla era la ocasión que buscaba para huir del campamento y que los mismos salvajes le ofrecían.



Toda la aldea parecía una enorme casa de locos.

Si algún reparo tuvo en abandonar a los caribes, la sangrienta ceremonia que acababa de presenciar lo había disipado. Estremecida de horror se dijo que ni por un instante quería continuar allí. Nada podía retenerla en la aldea de los cimarrones, ni siquiera su padre, que había presenciado tranquilamente el sacrificio de los dos cautivos. Deseaba colocarse al amparo de los

españoles, donde estas escenas no ocurrían.

Esperanza, como todos los caribes, era cristiana, y jamás había visto sacrificios humanos. Sabía que si pedía protección al jefe de la columna española éste se la dispensaría y entre los soldados no ocurrían escenas como aquélla.

Además, deseaba ver a Miguel y sentirse a su lado. Los «turey» nunca la habían tratado mal. Tan sólo Garcilaso la había expulsado de Arroyo de Santa Clara.

No podía continuar entre los cimarrones.

Lentamente se fué apartando de los bailarines. Se ocultó entre los bohíos hasta llegar a la salida del valle. Los centinelas colocados por Santos se hallaban pendientes de la ceremonia y no prestaron atención a aquella muchacha que se internaba en la manigua.

CAPÍTULO IX

LA PROTECCIÓN DEL REY

Esperanza corrió a través de la espesura, sin rumbo fijo. Su único propósito era alejarse del Valle de Anacaona y de los montes Boechio. La espesura que cubría las montañas le impedía distinguir su camino con facilidad, mas para la muchacha criada en los bosques esto no era difícil. La luna iluminaba los senderos con bastante claridad y, poco a poco, el bullicio de la aldea fué alejándose.

Ante todo le interesaba a Esperanza poner tierra entre ella y los cimarrones. Suponía que la ceremonia duraría hasta el amanecer y que entonces todos estarían rendidos de sueño. Hasta el anoecer del día siguiente no era factible que la buscaran, de modo que aun tenía muchas horas por delante, sin peligro de que salieran a buscarla. Cuando su padre la echara a faltar ella se encontraría ya muy cerca del campamento de los españoles. Con toda seguridad la encontraría alguna patrulla y estaría a salvo.

Anduvo sin descanso por los montes y peñascales. Lentamente la obscuridad de la noche se tiñó de grises claridades. Una neblina lechosa se desparramó por entre los árboles y el rocío humedeció el cabello y los brazos desnudos de Esperanza.

Una luz grisácea se extendió por la tierra y, después, un sol limpio y claro brilló sobre el cielo azul de la isla. Se encontraba la mestiza a muy poca distancia de la selva. Los montes Boechio daban ya a su fin.

Le pareció que el nuevo día venía a romper el horror de la noche

pasada en el campamento.

Se detuvo un instante para contemplar la rocosa mole de los montes Boechio. Quedaban ya a su espalda, como todo lo que representaban los cimarrones.

Animada por una nueva esperanza la mestiza se internó en la selva. Durante todo el día marchó incansablemente. Por fortuna, desde niña había vivido en plena naturaleza y sus músculos eran fuertes y ágiles. El calor la oprimía y se sentía hambrienta. Comió unos frutos de un árbol y bebió en un claro arroyo.

No podía calcular la rapidez de su marcha, ya que toda la manigua era igual y al volverse para contemplar los montes éstos parecían encontrarse siempre a la misma distancia.

El sol subió a su cenit, vertiendo sobre la tierra sus rayos, que semejaban plomo fundido. Un pesado sopor se apoderó de la mestiza. Sus miembros parecían envarados y no respondían a su voluntad. Por otra parte cada vez se sentía más débil. Tan sólo el deseo de reunirse con Miguel la impulsaba a seguir adelante.

El día comenzó a declinar. El catar de la tarde fué dando paso a la brisa del crepúsculo. Esperanza sintió que sus fuerzas renacían. Andaba con mucha más rapidez, debilitada solamente por el ayuno al que se había sometido. Un nuevo terror se apoderó de ella. Quizá se había perdido en aquel mar de espesura, lianas y árboles que era la manigua. No podía distinguir el campamento de los españoles, ya que el follaje lo ocultaba todo a la vista, incluso los montes Boechio. Era posibles, casi seguro, se dijo con terror, que su padre la hubiera echado en falta. Quizá la seguían a muy corta distancia y muy pronto la capturarían. Entonces ya nunca más volvería a ver a Miguel.

Las fuerzas le fallaban a efectos de la debilidad. Continuaba marchando por inercia, pero el hambre y el sueño parecían doblar su ánimo.

De pronto, oyó un ruido tras unos matorrales. Se detuvo asustada. Debían ser los caribes que Loaysa enviaba en su busca. Una voz exclamó:

—¡Es una muchacha!

Eran españoles, no cabía duda. Esperanza, aliviada, se detuvo. De la espesura salieron tres hombres morenos y curtidos, armados con alabardas.

Rodearon a la joven, contemplándola con admiración, al tiempo que sonreían. Temió la mestiza que la forzaran y dijo:

—¡No me hagáis daño!

Uno de ellos, que lucía un parche sobre un ojo, se acercó más a ella.

—¿Crees que vamos a hacerle daño a una muchacha tan bonita como tú?

Otro de los españoles se dirigió al primero, diciéndole:

—Mira, Tuerto, con las mujeres tú no tienes nada que hacer.

Esperanza se apresuró a decir:

—Quiero ver a vuestro jefe.

Los alabarderos la miraron con asombro.

—¿A cuál de ellos? —preguntó el que habían llamado Tuerto.

Recordó entonces la mestiza al cautivo que habían sacrificado y dijo:

—A «guamiquina» Villegas.

Los tres hombres se encogieron de hombros.

—¿Qué les dará el capitán a las mujeres? —preguntó el tercero de los españoles.

Sin más palabras echaron a andar a través de la maleza. Menergas, el Tuerto y el Extremeño, pues ellos eran los alabarderos, rodeaban a la joven. La contemplaban con admiración, diciéndose que nunca juzgaron que fuera tan grande el poder de su capitán. Siempre supieron que gozaba gran prestigio entre las damas, pero que una mestiza cruzara la selva con el solo propósito de ver a don Diego les dejaba estupefactos.

—¿Vienes de muy lejos? —preguntó el Extremeño.

—De los montes Boechio.

Los corsarios dieron un respingo.

—¿Has visto a Kakaracou?

—Sí. Vivía en el Valle de Anacaona.

Se miraron los tres amigos y, en nombre de todos, el Tuerto advirtió:

—Ten cuidado con lo que haces. Si quieres ver al capitán para matarle te asaremos a fuego lento.

Los ojos de la mestiza se agrandaron de terror. Parecían aquellos hombres muy capaces de cumplir su amenaza.

Continuaron la marcha en silencio hasta llegar a la aldea. Los

centinelas les miraban con asombro.

—¿La habéis cazado? —preguntó uno.

—Se ha enamorado del Tuerto —respondió riendo Menergas.

—¡Por mi ánima que es muy bonita! —agregó un arcabucero.

Varios cazadores que descansaban junto a unas ruinas se pusieron en pie con asombro.

—¿No es esa Esperanza, la hija de Loaysa? —preguntó uno de ellos.

—Tan cierto como es de día —respondió otro.

—No andarán muy lejos los caribes y los negros —dijo un tercero.

Cruzó la muchacha a través de secciones de combatientes que descansaban a la sombra de los árboles. Sus armas formaban pabellones no lejos de ellos. Los calderos humeaban sobre las hogueras, esparciendo un apetitoso olor. Los corazas limpiaban sus caballos, mientras los arcabuceros engrasaban sus fusiles. Patrullas de cazadores y de piqueros cruzaban la aldea, marchando o regresando de la manigua.

Todos los combatientes clavaban sus ojos en Esperanza, dando silbidos de admiración. Por su parte la mestiza buscaba a Miguel afanosamente, pero aunque vio a varios cazadores de Arroyo de Santa Clara, el joven no parecía encontrarse entre ellos.

Llegaron por fin ante un edificio de piedra en cuya puerta montaban guardia dos alabarderos. Las pupilas de éstos se agrandaron al contemplar a la mestiza.

—¡Voto a sanes! —exclamó uno—. ¿Dónde la encontrasteis?

—Quiere ver al capitán.

—¡Cabo de cuarto!

Mendoza apareció en la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Esta muchacha desea ver al capitán. Viene del campamento de los cimarrones.

Fernando la examinó con atención y lanzó un silbido más elocuente que todas las palabras.

—Aguardad un momento.

Entró en la casa y volvió a salir al cabo de poco rato.

—Ven, muchacha.

Acompañó a Esperanza hasta el despacho de Villegas y la hizo

entrar.

La mestiza se encontró en presencia de un joven moreno y fuerte, al que acompañaba un militar.

—¿Querías verme?

—Sí, si sois «guamiquina» Villegas.

El joven sonrió.

—En efecto, ése es mi nombre. ¿Qué deseas?

La expresión adusta del ceño de Valdivieso, pues él era el militar, sobrecogió a la muchacha.

—Quisiera hablaros a solas «turey».

Diego hizo una seña al capitán de corazas, quien saludó y salió de la habitación. El corsario se puso en pie y se acercó a la mestiza.

—¿Es cierto que vienes del campamento rebelde?

—Sí, «turey», soy hija del «guamiquina» Loaysa.

—¿Traes algún mensaje?

—No, «turey». He huido.

Villegas arqueó las cejas.

—¿Huido?

—Sí, «turey». Yo soy cristiana. Me horrorizan las escenas de sacrificios y he huido —explicó la joven. Dio un paso al frente y se arrodilló ante el corsario.

—Pido tu protección, «turey». Yo no quiero vivir con los herejes. Te serviré de criada. Protégeme.

El capitán la ayudó a levantarse.

—Vamos, muchacha. Siéntate y no te asustes. ¿Cómo te llamas?

—Esperanza —respondió ella, al tiempo que obedecía.

—¿Tu padre es el cacique Loaysa?

—Sí, «turey».

—¿Por qué has huido?

La mestiza comenzó a relatar la coronación de rey Santos. Cuando hubo concluido, agregó:

—Yo soy cristiana, «turey». Yo no quiero tratar con herejes. He venido para que me protejas.

Villegas guardó un instante de silencio. Después dio unos pasos por la habitación.

—¿De cuántos hombres dispone Santos Kakaracou?

—Muchos, «turey».

—¿Podrías guiarnos hasta el valle de Anacaona?

Esperanza se puso en pie.

—Tú eres un «guamiquina» de los «turey». Tú sabes que los traidores son despreciados por todos Yo no puedo traicionar a mi padre.

—¿Ni para conseguir mi protección?

—Ni por eso, «turey».

Villegas sonrió.

—Bien dicho, moza, —aprobó—. Quise saber si eras una espía. De serlo, te hubieras prestado a servirnos de guía. Ahora puedes quedarte aquí, porque te protejo en nombre del Rey de España. — Hizo una pausa y preguntó—: ¿Tienes hambre?

—Sí, «turey».

Diego agitó una campanilla y Fajeda entró en la habitación. Pedro abrió la boca con asombro, mientras contemplaba asombrada a Esperanza.

—Sirve de cenar a esta moza —dijo el capitán.

—¿Os sirvo también a vos? —preguntó el criado, imaginando otra cosa.

—He dicho que la sirvas a ella.

—Si, señor capitán.

CAPÍTULO X

LA HISTORIA DE GARCILASO

Esperanza salió a la calle. Se encontraba mucho más tranquila, a causa de la protección que le dispensaba el corsario. Sabía que podía recorrer las calles a su gusto, pero no salir de la población.

La noche se extendía sobre la aldea. Una luz rojiza indicaba que el día estaba muriendo.

Los soldados la veían pasar, con ojos de codicia, mientras sonreían al murmurar:

—Vino a buscar al capitán Villegas.

En las esquinas de las casas y en los árboles algunos labradores colocaban antorchas, para que las calles no quedaran en sombras, Asimismo, las hogueras encendidas en la calzada, presentaban su concurso de iluminación de las calles. Esperanza deseaba encontrar a Miguel. Para buscarle se había fugado del campamento y había marfilado a través de la selva. En realidad, no tenía ninguna seguridad de que Fontences estuviera en la aldea. Quizá sus deseos le impulsaban a creerlo y se arriesgó en una sola jugada. El pesimismo se apoderó de la joven y se dijo que nunca más volvería a verle.

Luego, recordó que entre los soldados figuraban muchos cazadores de Arroyo de Santa Clara. No era probable que Miguel se hubiera apartado de la lucha. No era un cobarde. Era el más valiente de todos, dijo con orgullo.

Pérez de Lerma había regresado de una exploración por la selva. Aun quedaban grupos aislados de cimarrones y los piqueros del

alférez dieron buena cuenta de muchos de ellos. Una sección de cazadores, a las órdenes de Fontences, les había apoyado, demostrando a los corsarios de lo que eran capaces los aventureros de la selva.

Como la expedición dio buen resultado, Juan se sentía de buen humor. Nada le divertía tanto como una buena lucha en la que se repartieran muchos tajos y si ésta resultaba una victoria, entonces su alegría no tenía límite.

Paseaba por la calle, con la mano en la empuñadura de la espada y el chambergo ladeado, saludando alegremente a sus hombres.

De pronto se detuvo. Ante sus ojos se encontraba la muchacha más salvajemente hermosa que había visto. Semejaba una deidad de la selva.

El segundón se atusó el bigote y muy decidido se acercó a la muchacha.

—Si mil vidas tuviera, mil veces la expondría para batirme con los cimarrones y encontrar una muchacha como tú a la vuelta —dijo sonriendo.

Esperanza, pues ella era la joven, abatió los ojos.

—No te burles, «turey».

—En verdad que no me burlo. Al hablar con una mujer yo nunca bromeo y te repito que nunca vi una muchacha de tu hermosura.

La mestiza iba a alejarse cuando pensó que quizá aquel soldado podría darle noticias de Miguel. Se detuvo y miró al que le hablaba. No parecía malo, algo descarado eso sí, pero sus facciones eran nobles.

—«Turey» —dijo con su tono de voz más musical—, quiero que me ayudes.

—Dispón de mí, hermosa.

—¿Tú eres un «guamiquina»?

Pérez de Lerma se irguió, mostrándose orgulloso ante la muchacha.

—En cierto aspecto, sí lo soy. Mi grado es de alférez y te advierto que no lo hay mejor en todo el ejército. ¿Qué es lo que quieres?

—Yo busco a un hombre, «guamiquina»...

—No busques más —le advirtió el segundón—. Ya me tienes a

mí.

Esperanza negó con la cabeza.

—Es un cazador...

—¡Diantre! —dijo Juan, acercándose más a ella—. ¿Vas a despreciar a un soldado por un cazador?

Iba a responder la muchacha, cuando se oyó una voz clara:

—¡Esperanza!

Se volvió la mestiza para encontrarse ante un joven, con ropas de cazador, que la miraba como si no pudiera creer lo que veía. Era Fontences.

—¡Miguel! —exclamó la muchacha.

Los dos jóvenes quedaron inmóviles, mirándose a los ojos. Sin atreverse a hablar, ni a accionar.

Pérez de Lerma juzgó más oportuno dejarles solos y se apartó, sin dejar de mirarlos. Varios de sus piqueros le rodearon. El alférez sonrió y les dijo, como burlándose de su propio fracaso:

—Ahí tenéis a una mujer que desprecia a un hidalgo por un hombre que ni siquiera se atreve a abrazarla.

Mientras, los dos jóvenes continuaron inmóviles por una fracción de segundo. Pero sus mentes trabajaban con rapidez, acumulando pensamientos que formaban barreras entre los dos.

Se decía Esperanza que quizá él no la quisiera y que por esta razón no la tomaba en sus brazos, devorándola a besos. Esto era lo que había anhelado en sus soledades en el campamento. Fué inútil su huida del Valle de Anacaona; él ya no deseaba tenerla a su lado, pero al menos le veía.

Por su parte, Miguel se sentía sorprendido. Nunca esperó encontrar de nuevo a la muchacha, aunque mucho lo había deseado. Además, en la primera ocasión en que volvían a verse, ella coqueteaba con Un oficial corsario a quien todos conocían por sus triunfos entre las mujeres. Existía también su promesa de no verla nunca más.

Sin embargo, las dulces pupilas de la mestiza se clavaron en las suyas, como si le llamaran. Al conjuro de aquella mirada, Fontences se sintió estremecer. Lo olvidó todo para escuchar tan sólo la voz de su corazón que le pedía que la estrechase contra su pecho.

Una voz, seca y autoritaria como un latigazo, les devolvió a la realidad:

—¡Perra!

Garcilaso avanzaba hacia ellos, furioso y ciego, con el pálido semblante desencajado.

—¿Qué haces aquí? —le gritó a la mestiza.

Esperanza quiso hablar, pero Gabriel no la dejó.

—¡Vete de esta aldea! ¡Te expulsaré como lo hice otra vez! ¡Vete de aquí!

La mestiza dio un paso atrás. Todo su antiguo orgullo salvaje renació en presencia del cazador.

—No quiero irme. El «guamiquina» me protege.

Garcilaso con colérica desesperación, apretó los puños.

—En otra ocasión te salvaste de ser apaleada. Ahora nadie lo logrará.

Alzó el brazo, disponiéndose a descargar un golpe sobre Esperanza, cuando una elástica figura vestida de blanco se interpuso con la espada desnuda en la mano.

—¡Alto ahí! —ordenó—. En presencia de un hidalgo nadie golpeará a una mujer indefensa.

Garcilaso dirigió una mirada furiosa al hombre que le cerraba el paso. Pérez de Lerma, pues él era apoyó en el suelo la punta de su tizona.

—Pasaré por encima de quien sea —aseguró Gabriel.

Con una sonrisa respondió el alférez:

—Probadlo, señor cazador.

Miguel, que había visto la habilidad del corsario en la pelea, se apresuró a sujetar a su padre adoptivo.

—Venid —le invitó—. Termine aquí la reyerta.

—¡Le mataré! ¡Le mataré! —gritaba Gabriel.

Pérez de Lerma ni se inmutó, limitándose a sonreír.

—¡Quietos todos!

Se volvieron para ver quién era.

Al instante adoptaron una severa posición de firmes.

—¡El capitán!

Villegas se acarició la barbilla.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Esperanza se apresuró a arrodillarse a los pies del corsario.

—«Guamiquina» —dijo—, este hombre —por Garcilaso— quiso pegarme. Pero el otro «guamiquina» me salvó.

Diego dirigió una mirada a los tres hombres.

—¿Es eso cierto? —preguntó con voz fría.

Los tres asintieron.

—Acompañadme todos.

Sin protestar le siguieron hasta su vivienda. Una vez en su despacho cerró la puerta y colocó a Fajeda de guardia, ordenándole que a nadie debía dejar pasar. Pedro desenvainó la espada y se colocó en su puesto, disponiéndose a batirse con el mundo entero antes que desobedecer a su amo.

Villegas, en el despacho, se volvió hacia Garcilaso.

—Señor alcalde —comenzó a decir—, no soy tolerante con aquellos que quebrantar mis órdenes y el hecho de que hubiera ofrecido mi protección a esta mujer era una orden que todos debíais acatar, respetándola.

Gabriel se agitó inquieto.

—Yo ignoraba que hubierais otorgado esa gracia a una mestiza —dijo con desprecio.

Diego se acarició la barbilla.

—Nuestro rey, el emperador Carlos I, no juzgó de demasiada importancia la mezcla de sangre al darle su grado al capitán Cortés (Hijo de Hernán Cortés, conquistador de Méjico, y de la princesa india doña Marina. Fué el primer mestizo de América y, más tarde, el emperador Carlos I de España y V de Alemania, le dio el grado de capitán de sus ejércitos. Entre otras, tomó parte en la campaña de Argel.). ¿Es que sois más exigente que Su Majestad?

—Quizá ignoréis que esta muchacha es la hija del cacique Loaysa.

—No lo ignoro, puesto que ella misma me lo ha dicho, así como el hecho de que viene del campo rebelde.

Garcilaso calló, sin saber qué decir. Un silencio nervioso pesaba sobre la escena, Esperanza se mantenía inmóvil, aguardando el resultado de aquella conversación. Miguel se mordía los labios y Pérez de Lerma se retorció calmosamente el bigote.

—¿Qué razón pudisteis tener para querer agredirla? —preguntó Villegas.

—Ya la sabéis —explicó el alcalde.

—Ésta no es razón, puesto que a los cautivos no se les maltrata. Máxime, siendo mujeres. —Viendo que no respondía, Diego se

volvió hacia el alférez—. Explícame lo que ocurrió, Juan.

Pérez de Lerma se encogió de hombros.

—En realidad no sé mucho. Vi a esta muchacha por la calle y comencé a hablar con ella. Habíamos cambiado unas cuantas palabras, cuando apareció Fontences. Al parecer se conocían. Se miraron, sin hablar, pero su actitud era bastante clara. Entonces llegó Garcilaso. La insultó, ordenándole que se fuera del pueblo. Esperanza dijo que no quería y él fué a golpearla. Yo me interpose. En aquel momento llegaste tú.

Un silencio nervioso y pesado siguió a estas palabras. Villegas se volvió hacia Garcilaso.

—Como veréis, existe alguna razón que yo debo saber. Os ruego que me la expliquéis.

Gabriel no respondió. La voz del corsario adquirió un, tono metálico al decir:

—¿Deberé ordenároslo?

El cazador se revolvió inquieto. No quería responder, pero le resultaba imposible desobedecer al capitán.

—Os referiré lo que pedís, don Diego —dijo al fin—. Pero os ruego que esta mujer salga de la habitación.

Villegas indicó a la muchacha que se retirase. Esperanza obedeció. Cuando quedaron solos, el capitán se volvió a Garcilaso.

—Aguardamos vuestras palabras.

Gabriel tosió algo incómodo y se acarició la barbilla. Luego dio dos vueltas a su sombrero de paja y comenzó a decir.

CAPÍTULO XI

MÁS FUERTE QUE LA RAZÓN

—**M**i padre era cazador en la misma aldea en la que actualmente resido. Yo solía acompañarle en sus expediciones. Pronto adquirí renombre a causa de mi destreza y en Arroyo de Santa Clara decían que un Garcilaso volvería a gobernar.—. Hizo una pausa y continuó: —En una de las correrías que hicimos por la manigua nos alejamos mucho de la aldea, llegando hasta una apartada región junto a la zona de Giba, donde acampaba una tribu de caribes. Era un buen territorio de caza y colgamos nuestras hamacas, junto al poblado. Permanecemos en compañía de los caribes más de dos meses. Durante este tiempo conocí a la hija de uno de los caciquea. Era muy hermosa y atractiva. Desde el primer momento me enamoré de ella como un loco. Pedí permiso a mi padre para casarme con ella y consintió. Después hablé con el cacique, que tampoco opuso ningún reparo. Hablé con ella y me dijo que me amaba desde hacía tiempo. Decidí volver a mi aldea y después casarme con la india. Así lo hicimos y por el camino murió mi padre. Arreglé mis asuntos y volví a la tribu de los caribes. Se celebró la boda y mi esposa y yo regresamos a Arroyo de Santa Clara—. Garcilaso se detuvo. Parecía haber olvidado a los tres jóvenes que escuchaban, sentados en la mesa y en sillas. Gabriel comenzó a pasear, dominado por su inquietud. —No llegamos a vivir juntos un año, pero aquellos meses fueron los más felices de mi vida, Mi esposa se esforzaba para que me repusiese del dolor de la muerte de mi padre. La casa no me parecía tan sola, pues siempre

se veía llena de sus «aeritos». Arreglaba las flores y procuraba que yo me encontrase a su lado—. Calló de nuevo, como si las palabras le costasen un esfuerzo y luego continuó: —Precisamente por esta dicha que me hizo sentir me resultó más dolorosa su traición. Un día mi esposa desapareció de la casa. Nadie la vio salir. Al principio creía que algo le había ocurrido. Hice registrar los alrededores sin resultado alguno. Pasaron los días y comencé a darla por muerta. Me desesperaba. Tan sólo mis creencias religiosas me impidieron suicidarme. La quería mucho y mi dicha anterior, en medio de mi soledad, parecía abofetearme. Me encerré en mi casa, con los recuerdos que de ella poseía y me negué a salir. No probaba alimentos y comencé a adelgazar. Mis criados se asustaron, ya que me veían a las puertas de la muerte. Cierta día se presentaron unos cazadores a mi casa. No eran del pueblo, pero me conocían de nombre. Me dijeron que habían visto, hacía una semana, una tribu de indios entre los que figuraba una mujer que por los datos parecía mi esposa. Sin tardar partí a caballo para el lugar que me habían indicado. Los indios se habían marchado pero quedaban muchos indicios de su campamento. Entre ellos encontré una pulsera que yo mismo le había regalado a mi mujer. No cabía duda. Había huido con los indios y me había abandonado. Perseguí a la tribu de caribes, pero había calculado mal mis fuerzas, de modo que tuve de suspender la búsqueda. Pasé varios meses en una hacienda hasta que de nuevo me encontré repuesto. Ya había perdido la pista de mi mujer. Mis deseos de venganza quedaban insatisfechos. Ya no podría matarla, junto con su cómplice, como había deseado. Regresé a mi casa, sintiendo un odio profundo por todas las mujeres y por los indios. Cuando Miguel, a quien recogí de pequeño y quise como si fuera mi hijo, se obsesionó con Esperanza, recordé lo que a mí me había ocurrido y mi odio hacia los indios se personificó en esa muchacha. Por esta razón quise expulsarla de la aldea y perdí la calma. Por esta razón la quise golpear.

Calló el cazador y de momento nadie se atrevió a hablar. Villegas se retorció el bigote y agregó al fin:

—Comprendo vuestro odio, Garcilaso, pero de las culpas de otras personas no debéis inventar responsables. Castigad a quienes os ofendieron pero no derramáis vuestro odio sobre los inocentes.

Gabriel asintió.

—No era solamente odio lo que me movió a expulsar a Esperanza. También lo hice por temor a que si se casaba con Miguel, hiciera lo mismo que hizo mi esposa.

* * *

La noche había caído sobre la aldea. A excepción de los centinelas, que daban sus rondas con pasos monótonos, todos descansaban en los bohíos o en las ruinas donde se alojaban.

Miguel echó a anudar a través de las silenciosas callejuelas. Las antorchas que ardían en las esquinas, agigantaban su sombra, dándole monstruosas proporciones.

A lo lejos se oían los monótonos pasos de la ronda que efectuaban su recorrido, con el arma al hombro, atentos siempre a cualquier sorpresa. De cuando en cuando se oía a los centinelas que contestaban el «alerta» dado por el cabo.

Fontences marchó por la calle, hasta llegar a las afueras de la población. A corta distancia unos cazadores se agrupaban junto a una hoguera, protegida por una valla de maleza de modo que el enemigo no pudiera distinguirla a lo lejos.

Miguel se apartó silenciosamente de los cantinelas. No deseaba charlar con nadie. No podía dormir y necesitaba estar solo. Los acontecimientos del día le habían excitado y necesitaba calmarse.

Ante él se extendía la selva, sombría y llena de murmullos, que la luna bañaba de plata. A su espalda las callejuelas iluminadas por las antorchas, cuya luz agitaba el viento, creando fantasmagóricas sombras en las paredes.

El joven se apoyó en la esquina de una casa y se quitó el sombrero para que el viento le acariciase la calenturienta frente.

La historia que había referido Garcilaso tuvo un efecto contrario al que se propuso el cazador. En vez de sentirse repelido por la mestiza, sintió un invencible anhelo de poseer un hogar, poblado por las canciones de Esperanza, con muchas flores que ella cuidaría. El amor que sentía por la muchacha, al verla después de varios meses de separación, se había alzado con la desesperación de un desbocado potro. Le había jurado a Garcilaso que nunca volvería a

verla y todo su ser anhelaba estrechar entre sus brazos el esbelto y cimbreante cuerpo de la mestiza.

—Miguel.

La voz, quizá a causa de su tono suave y dulce, sobresaltó al cazador. Se volvió para encontrarse delante de Esperanza, a quien, ensimismado en sus pensamientos, no había oído llegar.

No supo qué decirle. La aparición de la mestiza en aquel momento hacía peligrar su voluntad. Con un supremo esfuerzo consiguió dominarse y no abrazarla.

—¿Qué quieres? —dijo de mal modo.

Se estremeció la muchacha. No esperaba este recibimiento por parte del hombre que amaba, Temblaban sus labios y, a la pálida luz de las estrellas, sus ojos negros y acariciadores parecieron humedecerse. Al fin logró decir:

—¿Por qué me rechazas, «turey»?

—Yo no te rechazo.

Esperanza se acercó más hacia el joven. Éste desvió la vista, fijando los ojos en la selva.

—No he podido hablar contigo —continuó la muchacha—. Parece como si no quisieras verme.

Miguel no respondió.

—Yo no creo merecer este trato —siguió diciendo la mestiza—. Nada he hecho para que me apartes de ti.

Como el cazador no respondiese continuó Esperanza.

—¿Es que te he ofendido en algo? Dime si es que he hecho algo y te juro que lo enmendaré. A sabiendas no podía haber molestado a mi «turey».

Esta palabra, que tantas veces ella murmuró en su oído mientras le besaba hizo temblar a Miguel como si le hubieran acuchillado. Pero no se dejó vencer por sus deseos.

—Si me fui de la aldea —explicó la muchacha— fué porque el «guamiquina» Garcilaso nos echó. Yo no podía quedarme. —Hizo una pausa, mirando a Fontences para que éste hablase, pero como se encerrase en su mutismo, continuó con desesperación—: ¿Es a causa de la guerra? Yo no impulsé a mi padre para que se uniese a Santos. No podía olvidar el golpe que le dirigió Garcilaso. A mi me era imposible abandonarle.

El silencio de Fontences azuzaba su desesperación. Se sentía

perdida. Había abandonado a su padre para reunirse con el hombre que amaba, para saber que éste la repudiaba.

—No merezco que me trates así —repitió—. Huí del Valle de Anacaona, separándome de mi padre y de mi tribu. Me interné sola en la selva, expuesta al hambre y a las fieras. Me arriesgué a que me capturara alguna patrulla de cimarrones y que me entregaran a Rey Santos, quien no hubiera tenido piedad para mí. Y todos estos peligros me parecieron insignificantes porque era el único camino de reunirme contigo.

Fontences sentía como si un hierro candente le quemara el corazón. La voz, empañada por las lágrimas de Esperanza, le enloqueció, avivando sus deseos de abrazarla. Sabía que si ella continuaba hablándole iba a sucumbir a su pasión.

Desabrido, le gritó:

—¡Cállate!

Esperanza dio un paso atrás. Su semblante palideció. Fijó sus negras y dulces pupilas en el cazador y quiso hablar. Los labios rojos temblábanle; fué difícil articular las palabras que parecían no querer salude la garganta.

Al fin consiguió decir.

—¡Ya no me quieres!

Su voz semejava un lamento desesperado. Miguel se volvió con presteza. Sus facciones contraídas por el dolor que le produjo esta acusación le parecieron a la muchacha la imagen del odio.

Muy quedo, balbuceó:

—¡No me quieres!

Su morena cabeza se abatió y los redondos hombros se vieron agitados por convulsos sollozos. Fontences sintió que toda su resistencia se desmoronaba. El juramente a Garcilaso y sus propósitos de apartarse de Esperanza pasaron al olvido.

Ciego de amor y de ternura avanzó hacia ella, estrechando el cuerpo tembloroso y sin fuerzas de la mestiza. Sus besos recogieron las lágrimas que caían por las tersas mejillas mientras murmuraba:

—¡Esperanza! ¡Amor mío! ¡Nunca te he querido tanto!

Villegas dirigió una mirada a sus oficiales reunidos en el despacho. Ohando y Pérez de Lerma se sentaban negligentemente en unos escabeles. Valdivieso y el alférez de las corazas permanecían en una rígida postura militar y Garcilaso y Fontences se apoyaban en la pared con indolente laxitud.

Se dijo el capitán que no podía haber encontrado mejores colaboradores en todo el país. Los corsarios eran hombres de aventura, dispuestos siempre a luchar en cualquier terreno y en cualquier circunstancia. Valdivieso y el alférez de corazas eran dos soldados, dos artífices de la guerra que cumplían las órdenes aunque les fuera en ello la vida. En cuanto a los dos cazadores eran gente dura y acostumbrada a la vida de la selva. Desde niños vivían con el arcabuz al hombro, batiéndose con las fieras, con los cimarrones y con los proscritos.

No, aquellos hombres no retrocederían nunca. Seguirían adelante hasta el fin o hasta el triunfo. Podía intentar con ellos una expedición arriesgada, pues todos cumplirían con su deber, aceptando, en ti su adverso, la derrota como una desgracia momentánea y preparándose para la revancha.

Villegas había efectuado un pequeño cambio en la organización de sus tropas. Valdivieso tomó el mando de las dos compañías de labradores, ya que su endiablado genio metería en cintura a aquella gente poco acostumbrada a la guerra y a la disciplina. El alférez de corazas, por su parte, había quedado al frente de la caballería, puesto que los soldados que mandaba eran veteranos ya instruidos.

Diego se atusó el bigote. Se acercaba la última etapa de su campaña militar contra los cimarrones.

—En vista de que Santos Kakaracou —comenzó a decir— no nos ataca, como habíamos esperado, saldremos nosotros a atacarle. Partiremos al anochecer para que de este modo la marcha no sea tan penosa bajo el sol. Llegaremos junto a los montes Boechio al nacer el nuevo día. La luz nos permitirá escalar las peñas. La dificultad está en marchar directamente hacia el Valle de Anacaona. ¿Conocéis maese Garcilaso?

El cazador asintió.

—Anduve por él persiguiendo cabras y toros salvajes.

—¿Existe algún paso para que lo crucen nuestros soldados?

—Ninguno. Tan sólo un sendero empinado y abrupto. Quizá los

cañones no puedan subirlo.

Villegas sonrió:

—Los cañones subirán con nosotros. Marchará la caballería en vanguardia. Luego, mis corsarios. A retaguardia el capitán Valdivieso y los cañones. Vos, maese Garcilaso, cubriréis los flancos. Son ellos más que nosotros, pero, con la ayuda de Dios, les daremos una lección que jamás olvidarán.

CAPÍTULO XII

EL ASALTO AL VALLE

Cuando las brumas grises comenzaron a extenderse por la tierra, en el poblado formaron los soldados. El aire se pobló de órdenes, de murmullos y de pisadas recias.

Los oficiales formaban rápidamente las compañías, disponiéndolas para la marcha. La orden era que los arcabuceros tuvieran las armas preparadas por si era necesario repeler una emboscada. Los piquetes se hallaban siempre dispuestos a luchar, pues la «pólvora de España» no necesitaba ninguna preparación para lanzarse rápidamente al ataque.

Mientras formaban, los soldados se dirigían alegres bromas. Los corsarios sonreían dichosos. Para ellos no existía otra profesión, ni otra manera de comprender la vida.

A la difusa luz del anochecer, se alineaban las tropas. Se veía un extraño conjunto de anchos sombreros de palma, chambergos, pañuelos atados a la cabeza y celadas. Los arcabuces y las picas erizaban las formaciones. Los morenos y bigotudos semblantes sonreían con despreocupación y ferocidad.

Luigi Matholi supervisaba a sus artilleros que enganchaban los cañones y los carros de municiones a los caballos. Era el condestable un hombre concienzudo que jamás descuidaba su obligación.

Villegas apareció en la plaza montado sobre su caballo. El chambergo ladeado, bajo el que sonreía su enjuto semblante, la capa que caía sobre sus hombros y la tizona que golpeaba los

flancos del corcel formaban una hermosa figura.

Los españoles alzaron sus armas, vitoreando al capitán.

Diego levantó la mano.

—Adelante, señores soldados.

El pífano y el tambor entonaron el paso de marcha. La columna se puso en movimiento. En cabeza cabalgaban los corazas con la espada desnuda. Detrás marchaban los cosarios, despidiéndose de las muchachas de la aldea. Por último, los labradores procuraban marcar el paso, sosteniendo al hombro las partesanas, las picas, los fusiles y las horcas. Detrás de todo, los cañones y los carros de municiones saltaban sobre los desniveles del terreno.

Los cazadores, en dos grupos, se internaron en la selva, para proteger los flancos de la columna. Las banderas de los corsarios y de las corazas ondeaban al viento.

Desde su caballo, Villegas vio cómo sus hombres se internaban en la selva. Luego, picó espuelas y partió a colocarse en cabeza de la columna. Fajeda, con un corcel que según decía le habían prestado, le seguía tarareando una vieja canción de marcha.

Los españoles marcharon por la manigua, mientras la noche comenzaba a caer.

Desperdigados por la espesura, se deslizaban los salvajes cazadores como si ojeasen una pieza. Algo encorvados, enfilando hacia la obscuridad los amartillados arcabuces.

Los corazas repartían mandobles, abriendo camino en la espesura. Sus caballos pisoteaban la maleza de modo que se formase un sendero para que pudiera pasar el tren de la columna.

Durante toda la noche avanzaron sin descanso. Los pájaros de la selva huían al paso de los soldados. La columna marchó a través de las sombras hasta llegar a la falda del monte Boechio.

El nuevo día comenzaba ya a despuntar, iluminando el horizonte de claridades. Las peñas y los despeñaderos se veían cubiertos de maleza. La inmensa mole de los montes se alzaba hacia el cielo.

Los españoles se detuvieron, contemplando la abrupta montaña que debían escalar. Entre aquellas peñas, cubiertas de espesura, se ocultaban los cimarrones, con su jefe el titulado Rey Santos. Con toda seguridad les habían descubierto los centinelas y las hordas negras se debían preparar para resistir su ataque.

Con ademán fanfarrón, Mendoza se quitó el chambergo y

exclamó, haciendo una reverencia:

—Por mucho que os preparéis, hoy los corsarios de Villegas comerán negro.

Garcilaso explicaba al capitán el camino que debían seguir para alcanzar el valle de Anacaona.

—Será necesario escalar por esas peñas, hasta llegar a un llano en el que crece un árbol.

—Escalaremos —aseguró Pérez de Lerma.

—Luego deberemos cruzar un bosque de lianas y de arbustos. Será muy difícil atravesarlo y debemos abrirnos camino a machetazos.

—Se hará. En peores fregados nos hemos visto —volvió a decir el alférez.



Sobre las peñas he alzó una hercúlea figura negra que blandía un alfange.

—Luego viene una llanura cerrada por algunas barreras de peñas, donde los cimarrones se pueden parapetar.

—Las tomaremos por asalto —dijo Villegas.

—Pero la caballería no podrá moverse con facilidad.

—Para estos menesteres nos bastan y nos sobran los piqueros.

—Después llegaremos al valle que tiene dos entradas; una es rocosa y difícil, por la que será necesario emplear a la infantería. En

cambio la otra es llana y muy propia para el empleo de los corazas.

Villegas asintió. La compañía concluía. Aquella batalla iba a ser la última de una rebelión cruel y sanguinaria. Si Kakaracou sabía emplear bien sus hombres, la superioridad numérica y los accidentes del terreno le darían una fácil victoria. Pero Diego contaba con la furia de sus corsarios, de los corazas, de los cazadores y de los campesinos para tomar a pecho descubierto aquella fortaleza natural.

—Partamos.

Los capitanes montaron a caballo y las compañías se organizaron nuevamente. Por las peñas, aferrándose a los arbustos y a las rocas, los españoles escalaron los montes Boechio. Los corceles debían ser estirados por las bridas. Como un enorme reptil, la columna ascendió hasta el llano, señalado por el árbol. En retaguardia iban los artilleros empujando los cañones que los caballos de tiro arrastraban.

Sobre las rocosas vertientes subían los españoles, como si sus manos pudieran adherirse a las peñas. Sosteniendo la pica entre los dientes, o con una mano, fueron subiendo hasta llegar al llano señalado por un árbol.

Lentamente, toda la columna brotó del despeñadero para saltar sobre el llano. Por último los cañones fueron colocados, enfilando hacia el bosque.

De improviso, unos tambores, lejanos y de ritmo persistente, comenzaron a batir.

—¡Los cimarrones se disponen a atacar! —exclamó Fontences.

—¡Que vengan, que les haremos un buen recibimiento! —aseguró Ohando blandiendo su espada.

—No —agregó Villegas—, seremos nosotros quienes daremos la carga.

A continuación el capitán se volvió hacia Pérez de Lerma, diciendo:

—Toma dos escuadras de piqueros y haz que despejen el camino.

Saludó el alférez y con Mendoza y sus alabarderos y otros corsarios se encaminó hacia el bosque.

Con las espadas y los machetes comenzaron a romper la maleza, abriéndose paso a través del bosque. Sus aceros descargaban fuertes

tajos, mientras el resto de las fuerzas se disponían a seguirles.

Continuaron los corsarios abriendo el camino hacia la llanura. Al salir al otro extremo del bosque, Pérez de Lerma contempló una planicie que se extendía ante sus ojos, surcada por unas cadenas rocosas. Para un soldado veterano como el segundón no se ocultaban las ventajas que suponían aquellos peñascos tras los cuales se podían parapetar los cimarrones. Pero también suponía un magnífico campo para que sus piqueros cargasen con incontenible furia.

Se oyó como si vibrase una cuerda de arpa y una flecha fué a clavarse en el pecho de un corsario. Rápidamente el alférez se hizo cargo de la situación.

—Montad las pistolas — ordenó. Luego se arrodilló, buscando el amparo de la maleza. Los aventureros se apresuraron a imitarle. — No hagáis fuego hasta que yo lo ordene— advirtió—. Después emplearemos las picas y las alabardas.

Desde las rocas, los salvajes comenzaban a disparar flechas, piedras con las hondas y arcabuzazos. Juan disparó un pistoletazo. Era la señal para que avanzara el resto de la columna.

Al otro extremo del bosque se oyó el rumor de una tropa en marcha.

Sobre las peñas se alzó una hercúlea figura negra que blandía un alfanje. Gritó algo animando a sus hombres. Los cimarrones comenzaron a gritar:

—¡Rey Santos! ¡Rey Santos!

Como una avalancha surgieron de sus parapetos, lanzándose al ataque. Blandían sus armas y lanzaban gritos feroces. Pérez de Lerma advirtió a sus hombres.

—Hay que prepararse para la lucha. Afinad la puntería.

Las hordas de Kakaracou se acercaban en una carga ciegamente feroz. Ni por un momento los corsarios pensaron en retroceder. Se batirían los primeros y esto representaba un honor. Además, la sonrisa del alférez les infundía ánimo a todos.

Los salvajes estaban ya muy cerca. Los aventureros alzaban las pistolas, disponiéndose a disparar.

De improviso, una descarga cerrada partió de la espesura, tumbando a los primeros guerreros de Santos. Casi enseguida, una nueva descarga abatió a otros tantos. La columna se hallaba en el

bosque dispuesta a entablar batalla.

La sorpresa detuvo por un instante el avance de los salvajes. Nuevamente, cazadores y arcabuceros habían cargado sus armas y hacían luego sobre las hordas del cimarrón. Las pistolas se descargaban sobre los negros, con mortal puntería.

Kakaracou recorría las hileras de sus guerreros, animándoles para que lucharan. Gustavus Leyden alzó el arcabuz y oprimió el gatillo. El proyectil pasó silbando inofensivamente por encima de la cabeza del rebelde. Quedó sorprendido el sargento, pues se enorgullecía de su buena puntería. Un cazador le informó:

—Dicen que a Rey Santos tan sólo le puede matar una bala de oro.

Ohando, que lo había oído, rompió a reír y mostrando sus enormes manos declaró:

—Veremos si a mí me resiste.

Apresuradamente, Matholi y sus artilleros colocaron las piezas en el lindero del bosque. El siciliano había cargado los cañones con metralla. A una orden del condestable, los corsarios aplicaron las mechas. Un estallido agitó los ecos de las montañas y una descarga de esquirlas segó las formaciones de los salvajes.

Nuevamente rompieron el fuego los arcabuces. Caían los negros derribados por los certeros balazos de los españoles. Los piqueros y los corazas descargaban sus pistolas sobre aquellos que se encontraban más cerca.

Ante los soldados se formó una horrorosa confusión de muertos y de heridos. El ataque de los cimarrones era detenido por la barrera de acero que alzaban los españoles.

Los cañones de Matholi descargaron la metralla, derribando los últimos baluartes de la resistencia de los cimarrones.

Sin atender las órdenes ni los gritos de Santos, ni los pasos cabalísticos del hechicero, retrocedieron a todo correr dejando el campo sembrado de cadáveres.

Huyeron saltando por encima de las rocas, presa de un terror pánico.

Willegas saltó sobre la silla de su caballo. Desenvainó la tizona y la blandió en el aire.

—¡Santiago y cierra España!

En tromba se lanzaron los españoles a la carga. Ohando, desde el

corcel, animaba a los corsarios que corrían tras la bandera que empuñaba el alférez. Los aceros y las picas enfilaban hacia los cimarrones. Los aventureros del mar se lanzaban con fiereza sobre el enemigo que se había atraído su odio. Garcilaso y Valdivieso animaban a sus compañías, que cargaban, esgrimiendo las armas.

Los corazas galopaban furiosamente sobre los salvajes, blandiendo sus pesadas espadas. Santos Kakaracou logró, al fin agrupar a sus hombres tras un macizo de peñas y organizar la defensa. Las flechas, las balas y los proyectiles caían sobre los españoles junto con una lluvia de piedras, pero los blancos cargaban con ciego furor.

Sus gritos de guerra se alzaron sobre los montes. Saltaban por encima de las peñas, blandiendo sus picas, sus arcabuces y sus aceros, mientras los corazas cabalgaban a todo galope.

CAPÍTULO XIII

LA HISTORIA DE LOAYSA

Alcanzaron al fin el macizo rocoso y embistieron ferozmente al enemigo.

Con las picas y los aceros los corsarios abrieron brecha en la defensa de los cimarrones. Después, los campesinos y los cazadores saltaron al interior de la improvisada trinchera, repartiendo golpes con sus armas.

Los corazas acuchillaban y atropellaban al enemigo.

El sol desparramaba sus potentes rayos sobre la tierra, arrancando destellos de las armas de los luchadores.

Villegas esgrimía su tizona, repartiendo mandobles sin descanso. A su lado, Fajeda descargaba tajos a diestro y siniestro.

A pesar de su superioridad numérica, los cimarrones comenzaban a retroceder. La furia y el empuje de los españoles les desbarataba su resistencia.

Pérez de Lerma, con la bandera en una mano y la tizona en la otra, dirigía a sus piqueros en una carga mortal. De pronto apareció ante él una figura de ridícula vestimenta, que esgrimía una espada. Se trataba de Louverdure, quien se jactaba de poseer cierta habilidad en la esgrima.

Atacó al alférez pero éste desvió el acero sin ninguna dificultad. Chocaron las espadas. Juan se colocó a la defensiva y paró los golpes del cimarrón. De pronto, cambió la situación del corsario. Cargó con vigor y de una furiosa estocada atravesó al negro de parte a parte.

Con rapidez los españoles iban acorralando a sus enemigos junto al Valle de Anacaona. Muchos cimarrones escalaban las paredes del valle, para huir de los luchadores morenos y sonrientes.

Los corazas se alejaron de la lucha, buscando la entrada del campamento.

Cada vez los españoles atacaban con más vigor. Al poco rato los salvajes huían por las rocosas paredes, perseguidos por los blancos, que los cazaban como a ratas.

Ohando vio a Santos que aun animaba a sus hombres. Blandiendo su enorme tizona se lanzó sobre el cimarrón. Éste le descargó un golpe con su alfanje que paró el vasco. Por un instante lucharon, esgrimiendo con saña.

Kakaracou lanzó un horrible grito.

—¡Te aplastaré, rata blanca!

Rompió a reír Martín.

—Prueba si puedes.

De una feroz estocada arrancó el alfanje de manos del cimarrón y puso el pie sobre el arma. Santos se agazapó inerme ante su enemigo. Pero el corsario arrojó su tizona y mostrando las manos desnudas le invitó:

—¡Lucha, si es que te atreves!

Como feroces bestias se acometieron los dos enemigos. Durante unos instantes batallaron por aniquilarse, mientras a su alrededor continuaba la batalla.

Al fin pudo hacer Ohando presa en la garganta del negro. Apretó con todas sus fuerzas, al tiempo que decía:

—¡Te mato sin balas de oro!

Cuando Santos no fué más que un guiñapo sin vida, Martín tomó su tizona y se lanzó de nuevo a la lucha, gritando:

—¡Vuestro rey ha muerto, rendíos!

El hechicero continuaba animando a los hombres a la lucha. Fajeda montó una de sus pistolas y oprimió el gatillo. Se desplomó inerme y Pedro comentó:

—Me ponía nervioso con sus gritos.

Al ver caer a su jefe los cimarrones arrojaron las armas y se entregaron a los españoles. Otros huyeron, internándose en la selva, perseguidos de cerca por los blancos.

Villegas sonrió abiertamente. La rebelión estaba vencida. Santos

había muerto, así como la mayor parte de sus lugartenientes. Sus huestes se veían deshechas. Muchos habían muerto, otros se habían entregado y tan sólo algunos lograron salvarse, huyendo a los bosques.

El capitán reunió a sus oficiales para darles las órdenes necesarias. Un cazador se acercó a Garcilaso y a Fonteces.

—Loaysa se está muriendo. Quiere hablarlos.

Interesado por lo que podía ocurrir, Villegas siguió a los dos hombres. El cacique yacía en tierra, sobre un charco de sangre.

Sus ojos vidriosos contemplaron a Gabriel y su semblante palideció.

—Quiero hablarte, «turey» —dijo—. Te he hecho mucho daño, pero deseo repararlo antes de morir. Tu esposa no huyó. La raptaron.

Garcilaso se arrodilló junto al herido.

—¿Qué estás diciendo?

—Cuando tú la conociste —continuó el herido— muchos caciques la amaban, pero ella te prefirió a ti. Yo era uno de sus enamorados y no pude consolarme con su pérdida. Un día la rapté de tu casa. Quería tenerla a mi lado y recobrar la dicha que me habías arrebatado. Poco me duró esta felicidad. Tu esposa murió al poco tiempo, cuando nació tu hija. Yo la cuidé, queriendo tener junto a mi algo que siempre me recordase a la mujer que tanto amé. Esa muchacha, tu hija, es Esperanza.

* * *

La columna entró victoriosa en la aldea de la que dos días antes partieron para batir a Santos.

Los habitantes les recibieron con vítores entusiastas, Las mujeres abrazaban a los luchadores que habían ahuyentado el peligro y la muerte.

Custodiados por los alabarderos se veía a los cautivos que habían hecho en la batalla. Marchaban silenciosos y cabizbajos, abrumados por la derrota.

Sobre su caballo, Villegas contemplaba el espectáculo de aquella

población a la que los aventureros devolvían a la normalidad.

La columna, con la música al frente y las banderas desplegadas, cruzó la aldea hasta llegar a la plaza mayor. Una vez allí, rompieron filas. Los cautivos fueron conducidos a un corral, del que no podían huir. Los soldados se retiraron a su alojamiento.

Villegas, en compañía de sus oficiales, se dirigió hacia su vivienda. En la puerta les, aguardaba Esperanza, temblorosa y pálida.

Al ver a Fontences no pudo contener un grito:

—¡Miguel!

El joven se acercó a ella y la tomó de las manos. La mestiza dirigió una mirada a Garcilaso. Esperaba que el cazador se opusiera como siempre a sus amores, pero Gabriel se limitó a bajar la cabeza.

Entonces Diego dijo:

—Ven a mi despacho, Esperanza.

Siguieron todos al capitán y una vez cerradas las puertas, Villegas indicó a la mestiza que se sentara. Obedeció la muchacha, comprendiendo que algo grave había ocurrido.

El corsario se atusó el bigote y comenzó a decir:

—Esperanza, debo comunicarte algo muy doloroso para ti, pero así mismo otra cosa que creo que te alegrará.

Le miró la mestiza, cada vez más asustada. El aventurero hizo una pausa, y agregó:

—En el combate que sostuvimos contra Rey Santos hubo muchas bajas y muchos heridos. Entre ellos, Loaysa que...

Esperanza se puso en pie.

—¿Ha muerto?

Villegas asintió.

—Sí. Ha muerto.

La muchacha quedó inmóvil, clavando los ojos en el capitán. Luego se volvió hacia Miguel. Éste asintió a su vez. La mestiza ocultó el semblante entre las manos. Y rompió a llorar convulsivamente. Fontences se acercó a ella y la tomó en sus brazos, procurando consolarla con tiernas palabras.

Villegas continuó:

—Antes de morir nos dijo que no eras hija suya, sino de Gabriel Garcilaso.

Esperanza alzó la cabeza, mirando con los ojos muy abiertos a

los que la rodeaban. Por sus mejillas morenas rodaban dos lágrimas.

Entonces Villegas le refirió todo lo que Loaysa les había revelado. Cuando concluyó, un nervioso silencio siguió a sus palabras. Esperanza bajó la vista al suelo y apoyó la cabeza en el hombro de Miguel.

Garcilaso se adelantó hacia ella.

—Me cegó el odio, por el mucho amor que a tu madre le tenía. Fui injusto y cruel, pero ahora quiero reparar el daño que pude haber hecho. No creas que es sólo por piedad que quiero tenerte a mi lado, es porque eres mi hija y deseo darte todas las comodidades de las que has carecido. También es por el amor que a tu madre le tuve y que ya empiezo a tenértelo a ti.

La mestiza no se movió. Parecía hundirse en sus pensamientos.

—No es posible —comenzó a decir— improvisar el cariño filial. Nunca pude mirarte como a un padre. Eras tú el que me perseguías a mí y al que me crió y tú el que te oponías a mi amor.

—¿Me odias? —quiso saber Gabriel.

—No, «turey», porque sé que sufriste mucho y que mi madre te quería.

Garcilaso se acercó más a los dos jóvenes.

—Entonces ven a mi casa como esposa del que adopté como hijo. Quizá con el tiempo me quieras.

Juntos salieron los tres de la vivienda. Lentamente, los oficiales se fueron retirando hasta que tan sólo Villegas y los dos corsarios quedaron en la habitación.

Fajeda entró con una botella de vino y tres vasos.

—Pensé que sería conveniente un trago —dijo.

Diego asintió.

—Magnífico, Pedro. Añade otro cubilete y beberás con nosotros.

Lo hizo así el escudero y Villegas sirvió el vino. Luego alzó su vaso.

—Por nuestra amistad.

Vaciaron los cubiletes de un trago y el capitán volvió a llenarlos.

Tomó su vaso y se sentó en una esquina de la mesa.

—Bien, otro asunto que hemos concluido y bien —comentó.

—Me alegro —aseguró Pérez de Lerma—. Quiero volver a Santo Domingo para ver mozas alegres.

Villegas alzó su vaso en el aire.

—Ahora aprenderá todo el mundo que no puede existir otro rey en las tierras que gobierna su Católica Majestad de España.

fin

Autor

Jacinto León Ruiz de cárdenas (J. León) seudónimos de Jorge
León Ignacio, Barcelona, 1919

Notas

[1] Los bucaneros eran en un principio cazadores de pieles de las Antillas. Se les denominaba así por la palabra caribe «bucan», que quiere decir cuero. Muchos de los cazadores se convirtieron en piratas, por lo que bucanero se hizo sinónimo de su profesión. < <

[2] En antiguo caribe, «Divino». Nombre que los indios dieron a los blancos por creer que eran enviados de los dioses. < <

[3] Jefe, en dialecto caribe. < <

[5] Véase «Tormenta sobre Yucatán», de esta misma colección. < <

[5] Véase «Tormenta sobre Yucatán». < <

[6] Anacaona era la esposa de un terrible jefe caribe, llamado Caonabo. Fué famosa a causa de su escultural belleza. Amó al capitán español Alonso de Ojeda, conquistador de La Española. < <

[7] Un millón. < <